



El bar de los Amantes Pésimos

El bar de los Amantes Pésimos

JUAN ANTONIO MARÍN RODRÍGUEZ

A ti.

LAS BUENAS INTENCIONES A MANERA DE PRÓLOGO

«Y entonces descubrimos que el horizonte no es más que la línea que nos separa al uno del otro. Lo que destruye nuestras ilusiones, nuestros pensamientos, haciéndonos retroceder en cada paso que damos. Eso es el horizonte, un lugar donde el destino se esconde para que ni tú ni yo podamos encontrarnos.»

El aprendiz de escritor.

La cita anterior es mía. Me llamo Juan Antonio Marín y soy el autor de este libro, titulado *El bar de los amantes pésimos*.

Acerca de la historia que se cuenta en él os diré que no ha sido únicamente un entretenimiento, ni una sucesión de palabras y frases impresas sobre las páginas de este libro.

Esta historia merece todo mi respeto, tanto en la forma como en el fondo; creo que nadie debe darse por aludido ya que todo es ficción. Haré un inciso acerca de los nombres de los protagonistas: Cris, Fran Loga, Miha y Salva son auténticos porque así me lo autorizaron sus propietarios.

Las localizaciones son reales, aunque en algún caso se han tergiversado algunos detalles. También es real la noche en la

que comenzó todo; me he basado en ella para el armazón del triángulo Cris-Louki-Platón (que entre ellos se llaman así, como podrán comprobar en los correspondientes capítulos, denominados Ocho luciérnagas en la oscuridad).

Mi exmujer me dijo una vez: «Si no existen historias que contar, es que no hemos vivido; no tenemos nada». Estas mismas palabras las dije a Miha y le dio la razón. Cuando conocí a Nastia, que trabajaba de camarera en un pub para conseguir el dinero necesario y así costearse un MBA Executive en Barcelona, enseguida congeniamos y ella fue quien me contagió su positividad e ilusión para que acabase una novela que desde hacía mucho tiempo dormitaba en las entrañas de un HD Toshiba de 1 Tb.

Todo en la vida tiene un precio, aunque no todo esté a la venta: el amor, el futuro, la traición, la doble moralidad, los silencios —tanto los vuestros como los míos—, mis historias, nuestros miedos. Ahora, solo queda decidir si se está dispuesto a pagarlo. Todo lo referido en esta lista es efímero; añadamos la incógnita de la vida, la realidad de la muerte, que es lo único ineludible. La única cita que no está reflejada en nuestras agendas.

¿Cómo explicar los motivos que me llevaron a escribirla tal cual? No lo sé. Cuando los sepa, lo haré... Un momento, siempre me he dicho que las mejores historias deben contarse tal cual surgieron. De esta manera queda la pureza de esa historia; cuanto más la cambies, la reescribas, mayor será la pérdida de autenticidad y sucederá como con la inocencia de los niños, que permanece inviolable hasta que una mano adulta la comienza a corromper.

Mi editora, la dueña de los ojos verdes más bonitos del mundo, dice que esta novela es una de esas muñecas rusas de nombre raro —*matrioshkas*, le aclaro—: abres una y dentro hay otra historia, y otra y otra... Le insisto en que es un puzle en el que hay que ir encajando pieza a pieza para que todo vaya adquiriendo sentido.

No sabía cómo presentar esta historia, y creo que la mejor manera de hacerlo es preguntándome: ¿cuál fue el detonante? Todo empezó con una promesa de la que surgió el relato, que a continuación narro. Luego, mucho tiempo después, Nastia me animó a ampliar ese relato haciéndome ver que el punto de partida para una novela ya estaba escrito. Y aquí está. Espero y deseo que os guste.

Rioja, junio 2017.

PRÓLOGO

Es la primera vez que escribo un prólogo para una obra de mi editorial, pero también es la primera vez que aparezco como un personaje más en una novela. En la vida real también me llamo Sol Ravassa y, efectivamente, estoy a cargo de la editorial SoldeSol. A partir de aquí, dependerá de ti decidir qué es ficción.

Gracias a que Juan Antonio me dejó ver el primer borrador pude conocer, a través de su pluma, con qué ingenio, profundidad y maestría combina lo real de su entorno con el producto de su imaginación, en un maravilloso ti vivo donde, como niños subidos a esos caballitos de colores, nos adentramos en su mundo entre maravillados y confundidos.

Cuando me preguntan por esta novela, desgrano la respuesta hablando de los personajes, sus roles en esta función, su evolución y profundidad. Sus imperfectas vidas están dirigidas de forma tan sensible y humana que es imposible no empatizar con ellos. No hay buenos ni malos, solo personas que, en un momento dado, se han cruzado formando parte vital de sus destinos. Historias de “ficción real” que vamos conociendo poco a poco, y su versión novelada, que descubrimos a través de *Ocho luciérnagas*, la obra previa del ficticio escritor protagonista.

Tenemos así una novela que contiene otra novela. Llenas ambas de profundas emociones, lacerantes sentimientos, que quedan latiendo dentro de ti aún mucho tiempo después de haber devuelto el libro a la estantería.

Todo encaja, todo tiene su lógica. Esperamos haber logrado facilitar la comprensión de estas *matrioskas* hechas literatura, y que puedas vibrar con Cris, con Platón, con Nastia... y, al cerrar el libro, vuelvas a sentirte el niño que, bajando del tiiovivo, acaba de experimentar la mayor emoción de su vida.

Sol Ravassa

LA PROMESA (INTRODUCCIÓN)

«LA VIDA SE RIGE POR LA POLARIDAD DE LOS IMANES. Parece una tontería, pero tiene su lógica. ¿Alguna vez te has parado a analizar por qué hay personas con las que congeniamos más que con otras y, de repente, ya no? Pues, es debido a la particularidad de que los imanes tienen dos polos magnéticos diferentes, llamados norte y sur. Si enfrentamos los imanes por el mismo polo estos se repelen, y si enfrentamos el polo sur de uno con el polo norte de otro se atraen».

Esto fue lo que me comentó Miha cuando le pregunté: «¿Por qué me quieres?». En cambio a Nastia, que no creía en teoremas, le pareció un absurdo. Ella defendía que todo se regía por mandalas, por el espiritualismo. Reconozco que ambas, a su manera, tenían razón; aunque me decante más por la idea de que, en realidad, somos imanes y tenemos el libre albedrío de elegir qué polo usar. Miha, Nastia y un servidor —“el aprendiz de escritor”—, siempre polos opuestos, por eso congeniábamos; en cambio, con Cris eso nunca podría suceder. El mismo polo dominaba en nosotros.

Miha y Nastia eran altas. Siempre me han gustado las jóvenes de más de metro ochenta de estatura y de ojos hipnotizadores, enigmáticos, que te roben el alma. Miha era la más sensible de las dos. Estudiaba Bellas Artes y música, acudía

a los conciertos del Musikhuset Aarhus y escribía poesía. Al igual que Nastia, iba a publicar su primer poemario en París. Pero Miha tuvo mala suerte: un conductor borracho destrozó su vida, la de él y, de manera indirecta, la de mi familia. Aquel conductor era mi padre.

Miha y yo éramos la pareja perfecta desde hacía cuatro años. Mis amistades no comprendían los motivos por los cuales Miha salía conmigo. No entendían de nada: ni de amor, ni de poesía, ni de poetas, y mucho menos de complicadas leyes o teorías físicas. A algunos los sacabas de los versos de Neruda y acabase su conocimiento en odas y rimas. A veces yo también me he preguntado: «¿Por qué alguien tan perfecto me eligió a mí?».

La conocí una mañana en la Estación de Francia, en Barcelona, caminando descalza por el andén. Sostenía en sus manos unos “patricios” de aguja alta —uno tenía el tacón roto— y un bolso de Gucci. Se sentó a mi lado en el único banco que había desocupado. «Merde», dijo colocando los pies en alto. «¿Te encuentras bien?», le pregunté. «¿Te parezco guapa?». Le dije que sí. «He gastado un dineral en el vestido y los zapatos para salir esta noche a la presentación de mi libro, y solo han acudido diez personas». Odiaba esos zapatos sobre los que no sabía caminar, que no eran suyos, que los había alquilado para la ocasión. Olía a luz. Era más guapa que Nastia.

—No tendrás veinte euros para prestarme... ¿verdad? Prometo devolvértelos.

Me la quedé mirando, sorprendido.

—Toma, te dejo mi novelle como aval. —Abrió el bolso y sacó un libro de no más de ciento cincuenta páginas, titulado Jolene debajo de su nombre: Mihaela Amariei Bogdan.

De complexión delgada, su pelo, de un castaño medio, lucía una melena ondulada que le confería un aire a Marilyn, “la diosa rubia”.

—¿Cómo te llamas? ¿Quieres que te dedique el libro?

—Juan Marín. ¿Sabes? Yo también escribo.

A Nastia la conocí en Almería una noche tibia de marzo. Estaba sentado en un banco, entre dos hileras del jardín. Acababa de salir de una aburrida fiesta de disfraces que organizaron por mí. Escribía en mi cuaderno de hojas sepia y tapa azul. De pronto, un coche color verde se detuvo muy cerca. Se abrió la puerta del acompañante e hicieron aparición unas largas y preciosas piernas, que se perdían en un minúsculo vestido color rojo realzando su figura. Una ráfaga de aire jugó con la melena pelirroja de la joven desconocida. Dio un portazo y el coche derrapó en su marcha.

—¡Capullo...! —gritó.

Eran las dos de la madrugada. La avenida de la Rambla de las Flores estaba desierta; solo la luz tenue de la farola, que iluminaba el banco, rompía el halo de misterio ofreciendo un poco de vida a esa zona tranquila. Unos metros más abajo se ubicaba una parada de autobús. La ciudad dormitaba, hermosa, como lo son las ciudades de noche. Y al fondo brillaba el esplendor del mar.

La joven me contempló perpleja; tal vez sorprendida por mi capa de Darth Vader, que me llegaba hasta los pies, y mi máscara blanca. Un viento impropio para esa época del año movía con fuerza las ramas de los árboles que adornaban el pequeño jardín donde nos encontrábamos. Sus cabellos volvieron a bailar, empujados a ambos lados de su rostro.

—¿Pasaré algún autobús a estas horas? —preguntó; y tal vez pensó: «¿De dónde habrá salido este personaje?».

—¿A estas horas?... no creo. Si quieres te puedo acompañar hasta la avenida de la Estación, que es donde vivo. Ya me marchaba. ¿En qué dirección vas?

—Donde me lleve el viento. —Y comenzó a reírse. Su risa era suave y contagiosa.

Cerré el cuaderno y me eché la capa a un lado dejando visible mi bandolera, abrí la cremallera, metí el cuaderno y me levanté.

—¿Qué lees? —preguntó.

—Nada, tonterías. Anoto las cosas que se me ocurren. Recopilo material para mis historias. Soy un aprendiz de escritor y, algún día, cuando aparezca la mujer ideal, lo seré de poeta.

—Yo escribo poesía. Pasado mañana iré a París, desfilo para Victoria's Secret. Después haré la presentación de mi último poemario en la Place des Vosges, en el barrio de Marais. Es la ciudad más romántica del mundo. Luego iré a Salzburgo. ¿Has estado alguna vez en Salzburgo?

No sabía qué contestar. La observaba con timidez, con los ojos muy abiertos, intentando encontrar algún signo que delatase que no era una ensoñación, ni un fantasma. «Miha, ¿eres tú?». ¡No! Miha se marchó.

Y comenzamos a caminar avenida abajo. Tenía una voz bonita. Nastia, esa mezcla entre inocencia y rebeldía, era cantante de un grupo de blues en el club de moda, donde trabajaba de camarera, aunque estudió Bellas Artes en París. Nunca antes, exceptuando a Billie Holliday —y a otra cuyo nombre no recuerdo—, había escuchado tal prodigio con

la voz. Tengo miedo de esas voces, capaces de conquistarte con tan solo el aliento, con el vibrato de la entonación de las palabras. Todo era tan real... Su voz era idéntica. Verdaderamente parecía una modelo; y entonces todo sucedió rápido en mi mente: me vi sentado junto a Miha, en la primera fila de asientos, para ver el desfile de Victoria's Secret.

Nastia parecía ausente, al menos durante los minutos que caminé en silencio; tal vez pensara en el capullo del coche verde. Un silencio que rompía de vez en cuando tarareando una canción de Dua Lipa. Empezaron a caer pequeñas gotas de agua. El viento había cesado dejando paso a un ligero frío. No llevaba ninguna chaqueta para abrigarse, tal vez la dejó olvidada en el coche, por eso le ofrecí mi ridícula capa. Las gotas pasaron a ser de mayor envergadura y en apenas dos minutos llovía de manera torrencial sobre Almería.

De pronto Nastia paró y se puso a bailar, girando sobre sus tacones de aguja. Lo hacía con elegancia: doblaba el cuerpo, alzaba brazos y piernas con la perfección de una bailarina de ballet, y sin dejar de bailar me dijo: «Escríbeme una poesía. ¡No! Mejor escribe una historia para mí. Una historia de la joven a la que le gustaba bailar bajo la lluvia, escribía poesía y tenía mal gusto para los novios».

Y descubrí que sus ojos no eran miel claro, como los de Miha, sino marrones, y que contrastaban con la palidez de su cara de niña. Nos refugiamos en un portal donde acababa de entrar una pareja que, tal vez, regresaba de cenar o quizá del cine. Y entonces sucedió: se desplomó. Busqué en su bolso un teléfono móvil para llamar al 112. Busqué entre su documentación. Se llamaba Nastia Raicevic. Natural de Cetinje, Montenegro. 21 años.

La ambulancia tardó diez minutos en llegar. Creo que le salvé la vida gracias a los conocimientos de primeros auxilios de aquel curso de socorrista que hice. Fue un acto reflejo. Cuando comprobé que no le latía el corazón, procedí a realizarle una reanimación cardiopulmonar. Luego los facultativos la estabilizaron. Entre todos logramos que volviera a sus ojos la ilusión por vivir, por ver Salzburgo, por seguir escribiendo poemas.

—Ha habido suerte. Esperemos a ver cómo reacciona las siguientes horas —me dijo la médica que la atendió—. ¿Es tu novia? Es muy guapa.

No le contesté, me limité a firmar los documentos y a subirme en la ambulancia. Nastia permaneció dos días en la UCI antes de ser trasladada a planta.

El silencio controlaba el lento pasar de las horas en la triste habitación del hospital donde Nastia luchaba por vivir. Permanecía junto a ella sin comprender por qué...Ahora intento descansar. Acuso el cansancio de estos días y también la incomodidad del sillón de skay rojo, colocado en la pared que da al aseo y al lado derecho de la cama en la que yace mi completa desconocida. A pesar de verla rodeada de cables y máquinas, aún siento esa extraña y única sensación de mariposas en el estómago que me acompaña desde el primer instante que la vi. La habitación es pequeña. La única ventana existente da a un oscuro patio interior. Llueve y refresca. Las montañas colindantes están a rebosar de un verdor que cansa a la vista, y las calles, inundadas de tantos charcos, hoscos y absurdos, obligan a un zigzagueo para esquivarlos. Un frío y una lluvia anormales en Almería sorprenden a una primavera que se resiste a dejar paso al verano. Mejor que tarde en

llegar, porque no soporto muy bien las altas temperaturas. Hará mucho calor y el único ventilador que cuelga del techo de mi casa poco ayudará. Sin embargo, cuando llegue el verano, las tiendas y las calles se volverán rebosantes de vida. Pronto empezará a oler a jazmines y jabones caseros, a mar, a esperanza.

Hace dos horas Nastia me ha asustado con un suspiro agónico, arrastrado, seguido de una fuerte sudoración. Pensé por un momento que se moría. «¡Se muere igual que lo hizo Miha!».

Tal vez este sea el momento idóneo para escribir esa historia que quedó pendiente en el olvido. La misma promesa realizada a dos personas distintas: una lo fue todo en mi vida; la otra es una completa desconocida. Quizás no será la gran historia que se merecen, ni llegará a convertirse en un libro que me haga sentir orgulloso y, mucho menos, ser el alma mater de cualquier tertulia literaria. Tampoco cubrirá los sueños o deseos que anhelamos. Para mí será como esa luciérnaga que resalta en la oscuridad indicando que ella es la única salida del ostracismo de mi vida. Hasta que eso suceda, mientras nuestra historia esté sin escribir, seguiré escuchando la voz de Miha susurrando. Con la ayuda de esa luciérnaga escribiré cada palabra que no nos dijimos, recuperaré cada suspiro que nos fue arrancado; pero ahora unas y otros quedarán reflejados entre sus párrafos y sus páginas.

A Miha le prometí que escribiría esta historia durante los días de lluvia que tanto parecían gustarle.

Y aquí estoy con mi cuaderno de hojas sepia y tapa azul, que debió haber sido su regalo por mi vigésimo cumpleaños. Cuaderno que compró ilusionada con la idea de que

plasmara esa historia que le prometí escribir. Y voy a cumplirlo a raíz de lo sucedido la otra noche, justo el día de mi onomástica, que celebré sin velas ni porción de tarta, solo con la compañía de una foto suya, una ridícula capa y una máscara con la que intento ocultar el dolor de haberla perdido bajo la lluvia. Es curioso que la misma y siniestra noche que me la arrebató me lance otro pulso con la aparición de Nastia.

Y comprendo que es el momento idóneo para empezar a escribir. Ni soy escritor, ni quiero ser poeta, pero una promesa es sagrada; dos es algo insalvable. Sólo Dios conoce nuestro destino. Intuyo que lo conoce.

Nastia se agita en sueños, como ese barco de papel en un mar enfurecido. Yo la observo desde la complicidad que ofrece la luna, a cuyos pies una ciudad descansa. Cuando la luminosidad de las farolas no logra seguir iluminando la habitación del hospital, me retiro con miedo a que las sombras me descubran llorando.

Cojo del armario una botella de agua; tengo la boca seca. Mientras, Nastia sueña con Salzburgo seguramente, con tertulias literarias y conciertos —por lo menos, eso es lo que a mí me gustaría soñar de estar en su situación—. Querría besarla, pero temo que se despierte. Y me conformo con mirarla, con contemplar su pelo cobrizo, su rostro de niña, su cuerpo frágil... No quiero perderla como a Miha. Saco el cuaderno de la bandolera. ¿Cómo podría comenzar esta historia...?

Me distrajo la enfermera que hacía la ronda nocturna. Deben de ser las cinco de la madrugada. Apenas he notado el paso de las horas. Estaba tan inmerso en mi mundo

de fantasía, que escribí varias páginas casi de tirón. Enrosco el capuchón de la Montblanc y miro hacia la cama, donde Nastia parece más relajada. Y le cojo la mano para leerle lo que he escrito. Siento una ligera caricia, y descubro que se ha despertado. Le sonrío mientras dos lágrimas brotan de sus pupilas. Acciono el pulsador de asistencia para después salir al pasillo gritando alocado a las enfermeras para que acudan.

Al día siguiente llegué cargado de varias rosas rojas que había comprado de camino al hospital. Pensé que le gustarían las flores, que deberían de gustarle las rosas rojas. El rojo era uno de los colores que más le gustaban a Miha. Es un color que transmite vida, pero que a mí me entristece. Al entrar en la habitación la encontré despierta; las cortinas, corridas, aportaban luminosidad a la desolada habitación. Al verme pareció sorprenderse. Miró durante un largo instante las flores y lloró.

—Hola —me saludó, secándose los ojos—, ¿tú eres el aprendiz de escritor de la otra noche? Me han dicho las enfermeras que no te has separado de mí en estos días. ¿Sabes que creen que somos novios?

Dios, era tan parecida a Miha... La misma voz, el mismo brillo en sus ojos, la misma alegría. Tenía que salir a la calle a respirar aire limpio, puro. Olvidar por un instante tantas horas en aquella habitación en compañía de una desconocida, de la que solo sabía su nombre y que tenía los ojos tan bonitos como Miha; que decía ser poeta, aunque tal vez se lo inventase, como yo también fingí ser escritor. Busqué una cafetería donde tomar un café caliente y controlar unas emociones que me estaban consumiendo. Encontré una que daba a una pequeña plaza muy soleada. Se llamaba Vintage

Café. Elegí una de las mesas libres de la terraza para tener cierta sensación de libertad. Las mesas eran pequeñas, de esas redondas de tres patas, de las cuales una cojeaba. Pedí un capuchino, saqué el cuaderno, leí lo que había escrito la noche antes y continué:

... Llegará un día en que todos nuestros sueños acabarán por desaparecer, por derrumbarse, y espero que, para entonces, nos encontremos bastante alejados el uno del otro para no odiarnos. Mientras, os pido que disfrutéis de la poesía, del mar, de los charcos. Yo, en cambio, disfruto con la música capaz de poseerte como el blues, con libros que te hagan desear perderte en sus páginas. Hace tiempo que desistí de cumplir aquella promesa; no me creía capaz ni tenía fuerzas. A veces, no siempre, pienso que nos buscamos por las calles y en bares anónimos, que nos sentamos en un rincón apartado de miradas lascivas, ajenos a sus conversaciones, y observaremos a las personas, cada cual más distinta, sentadas en mesas tan cercanas unas de otras que en un momento pasarán a ser un todo, y tú me seguirás observando en silencio. ¿Sucederá? Llegará el día en que Nastia se transforme en Miha. Mientras, disfrutaré del momento. «Carpe diem», como dicen los clásicos, y ahora me pregunto si ya está bien, si voy a permitirme seguir triste. Voy a escribir. Escribiré hasta que decida que ya está todo contado.

Ahora tomo un café, cada vez más helado, y pienso en la otra noche de lluvia y viento, en esa loca que bailaba mojada bajo el aguacero y en aquel corazón que,

por unos minutos, dejó de latir para regresar entre los vivos a llenar de vida a otro ya apagado. Con la llegada de Nastia a mi vida he decidido que es hora de quitarme la máscara que me aísla de una realidad que se ocultaba por las calles a la espera de un reencuentro que nunca llegaría. Porque al fin y al cabo, ¿qué es la soledad, sino la antesala de la muerte? Cierro los ojos para retener esa felicidad. Lucharé cuando piense que no podré sobrevivir a tu recuerdo, a mis miedos, a visitar Aarhus, Brooklyn o Salzburgo. A no dejar morir nuestra historia. Percibo el taconeo lejano de las piernas largas de Miha. Noto una caricia que me hace sentir abrigado y mimado. Abro los ojos. Es un perro pintado de rojo que lame mi mano. Tiene la mirada triste, como perdida, quizás buscando como yo rellenar ese hueco que, sin permiso, un día se instaló en mi alma.

“El relato que te prometí”
Juan Antonio Marín Rodríguez.

CUESTIÓN DE TIEMPO

«Excuse à mes lèvres.
Ils trouvent satisfaire dans les lieux les plus inattendus.»
Miha. Del film *Un buen año*.

—¿Sabes que en Aarhus (la segunda ciudad más poblada de Dinamarca) las bicicletas, el cine y los museos son gratis? Además, la ciudad fue fundada por los vikingos en el siglo VIII —me decía siempre Miha.

A Miha le fascinaban los vikingos y a mí los cuentos de Hans Andersen. Por eso adorábamos aquella ciudad. Por ello nos prometimos visitarla juntos cuando fuésemos mayores y montar allí una librería ambulante.

Dos cosas me recuerdan a ella: un Cinexin roto y la vieja BH. Con ellas Miha me enseñó que no era necesario más para ser feliz: una ciudad, un vehículo para desplazarte por ella y un artefacto para inmortalizar los sueños.

También me enseñó que hay manos que nunca deben soltarse. Promesas que no debes incumplir. Que existen trenes con un único trayecto, cuyo destino es un hilo de color rojo.

Cada día, a la misma hora Miha acudía a la estación a mirar pasar el tren, pero este nunca se detenía. Tenía la esperanza de que algún día ese tren, cuya estela siempre apun-

taba hacia el mismo lado, se detuviera y su vida cambiara. Y estuvo sentada en el andén durante mucho tiempo hasta que se cansó y dejó de acudir.

El color del cabello de Miha era castaño medio; el de sus ojos, miel claro. Su piel blanca, con algunas pecas. Era alta y demasiado bella. Le entristecía el blanco. Temía que el paso del tiempo transformase en ese color —el blanco— sus cabellos.

Las piezas del ajedrez son blancas y negras igual que las notas musicales. Miha siempre jugaba con blancas; Nastia, con negras. De color blanco es la bandera del vencido, incluso lo fue esta página antes de que la empezase a emborronar. Dicen que el único color donde no se refleja el arco iris es el negro. Es el neutral.

En cambio, Nastia siempre vestía de negro. Una vez le pregunté: «¿Por qué ese color?». «Porque no existe un color más siniestro».

El silencio también es negro como el vacío. Negra es la noche, como algún día lo será la penumbra que ilumina la séptima fila de nuestra escalinata en la plaza del Rei.

Ya he comentado que a Miha le prometí escribir esta novela durante los días de lluvia. Por eso elegí la ciudad donde casi nunca llueve: Almería. De esta manera tendría justificado no hacerlo.

A veces me pregunto: «¿Por qué a ella?, ¿por qué no logro olvidarla?».

Será cuestión de tiempo...

PRIMERA PARTE

NO PUEDE SER ELLA (2017)

«Mi padre era relojero y de él aprendí todo lo relacionado con el tiempo; mi madre, contable. Ella me enseñó a no malgastarlo.»

Nastia

Día previo a la presentación. Almería

La historia es la siguiente: Fran Loga —el doble de Marlon Brandon cuando era joven— presentará mañana su nueva novela, *De repente la lluvia*, en Almería.

Esta noche se realiza un acto privado al que están invitados los doce ganadores del sorteo, premiados con un ejemplar de edición coleccionista y la oportunidad de conocer al autor y conversar con él. El sorteo fue organizado a través de la web de la Editorial Soldesol, y entre la docena de premiados encontramos a una joven que se ha sentido identificada con la protagonista de la novela anterior del autor, *Ocho luciérnagas en la oscuridad*.

La reunión privada tendrá lugar en la sede de la editorial. Será un evento extraño. Cercana a uno de los ventanales habrá una tarima grande sobre la cual descansarán una mesa rectangular, dos sillas y un atril desde donde el escritor se dirigirá a sus invitados. Todo el acto se realizará bajo la luz

de las velas y el eco pausado de sus respiraciones. El escritor llegará tarde, por un compromiso que se alargará más de la cuenta. Presenta el acto la editora Sol Ravassa, que estará mirando impaciente el iWatch cada tres minutos. Viste sus clásicos *jeans* y su inseparable cazadora de piel negra.

El escritor por fin hace acto de presencia. Comienza a sonar música de Cole Porter de fondo —lo único que osará acariciar los efectos hipnotizadores de las palabras del escritor—. Abre una de las botellas de agua Perrier y, con un gesto, indica a Sol que puede comenzar.

Ella resume el currículum del escritor y habla de su vida, de los motivos que lo llevaron a escribir esta historia. También da sus motivos acerca de por qué apostó por él el día que sus vidas se cruzaron en una estación de tren. Quiere enfatizar un párrafo de la solapa: «Esta historia no cabe en un solo libro. Pero fue tanto el dolor que sentí al escribirla, que nunca contaré el resto de la misma».

El escritor se acerca hasta el atril y se dispone a hablar:

—Buenas noches. Muchas gracias por su presencia y enhorabuena por haber sido premiados —comienza diciendo Fran Loga—. Todos tenemos una historia que merece ser contada, vivida, disfrutada... hasta tal punto que podrán ocurrir dos cosas: que se dejen atrapar por ella o al contrario, que corran huyendo de ustedes mismos, buscando con prisas la página final del libro.

»Espero, de todo corazón, que intenten descifrar lo que oculta cada palabra, cada frase del libro. Quiero que logren perderse entre sus páginas para aparecer allá donde deseen: Barcelona, La Habana, NY, París, Salzburgo, Sausalito. Ciudades donde llenarse de vida al recorrer sus calles. Ciudades

tan literarias que nada en ellas les resultaría extraño. Es más, deseo que no puedan escapar del laberinto en el que les introduzco, de manera sutil, que hasta se enfaden porque sientan que he jugado con ustedes.

»Una historia en la que dudarán sobre la amistad y el amor. Les poseerá el embrujo que es capaz de lograr una canción, el miedo causado por unos pasos sin dueño que los perseguirán entre los callejones del barrio gótico o el barrio de Pescadería. La traición de unos ojos hasta llegar a depender de las mentiras o las medias verdades.

»Y un número: el doce. Como las campanadas, como las uvas de la suerte, como los meses del año que tardé en recuperarme, como el número de la calle donde viví, como los dos últimos dígitos de la matrícula del BMW de mi padre; como la edad de Miha cuando me vaticinó el futuro: «Serás escritor».

»Me odiarán, quizás se terminen enamorando de Cris, de la escalinata de la plaza del Rei donde acudo cada día esperando encontrar al unicornio blanco, o de la plaza de Mozart en Salzburgo, donde el padre de Nastia la llevaba cada año para el festival de música. Salzburgo, la ciudad que a Nastia le encantaba por ser allí donde se rodó *Sonrisas y lágrimas*, y por ser donde hacen el mejor *pretzel*. O de Aarhus, donde planifiqué mi futuro con Miha.

»Pueden comenzar esta aventura sentados en la terraza de un bar, en la Bodeguita del Medio, en la Recoleta, en St. German... Estos amantes pésimos lo han hecho en varios lugares: Louki en el Zúrich, Salva en el Rococó, y a Cris la dejaremos a su albedrío. Solo un consejo: acierten bien al elegir su bar, pues en él comenzarán este viaje.

DÍA DE LA PRESENTACIÓN

«No consiento que habléis así de Cris. No voy a permitir que la llaméis puta: a mí nunca me cobró.»

Fran Loga

Auditorio Maestro Padilla. Almería

El escritor siempre llega tarde; incluso cuando no debe. Consecuencias de no importarle, en absoluto, el tiempo. Los 427 CV con los que rugía el motor del Aston Martin, el único capricho que se ha permitido en esta vida, llamaban de lejos la atención de las personas que por el paseo marítimo buscaban cobijarse de la lluvia. Se saltó varios semáforos en rojo hasta llegar a la intersección donde está ubicada la réplica de una Faluca.

«Manténgase en el carril de la derecha. En la rotonda tome la segunda salida. Ha llegado a su destino», anunciaba el GPS. Unos metros más adelante aparcó el deportivo en la entrada principal del Maestro Padilla. Enseguida, la seguridad privada formó un cordón alrededor del coche para intentar controlar a la gente que se agolpaba en el exterior, aguardando la llegada de nuestro escritor, el autor de la anterior y polémica novela *Ocho luciérnagas en la oscuridad*.

Una luz azul parpadeó en su móvil. «Vamos, cógelo. ¡Por el amor de Dios! Coge el puñetero teléfono». En el hospital Vall d'Hebron de Barcelona, una enfermera maldecía cada vez que saltaba el buzón de voz.

¡Wrom, wrom! La aguja del cuentarrevoluciones subía con la misma rapidez con la que bajaba. Uno, dos, tres; hasta cinco acelerones fueron necesarios para lograr, por un momento, quitarse los nervios de encima.

Dieron las diez y veinte de la noche. El escritor palpó entre las piernas de su joven acompañante buscando el iPhone. Aprovechó para acariciarle con los dedos su vagina. Estaba sentada sobre su móvil. Sin comprobar si había alguna llamada o mensaje, lo introdujo en el bolsillo interior de la americana. Lentamente abrió la puerta. Rodeó su Aston Martin para ayudar a bajar a la acompañante que tanto se parecía a Dua Lipa.

Tomó su mano y comenzaron a recorrer los cincuenta metros que los separaban del auditorio, ocupados por un grupo grande de personas que habían identificado a sus familiares y amigos en los personajes de su novela anterior. Remover el pasado siempre huele mal. Se granjeó muchos enemigos con *Ocho luciérnagas en la oscuridad*, pero el tiempo coloca todo en su sitio, y aquellos resquemores y amenazas debieron quedar atrás. Este no era el caso.

Caminaron entre insultos y flashes de cámaras que buscaban inmortalizar el choque entre seguidores y detractores del escritor. La polémica levantada por las verdades y mentiras que escribió en su anterior novela le había dado una gran popularidad (negativa), pero también le atrajo una buena suma de defensores.

Una reportera de Canal Sur Noticias fue la primera en acercarse.

—Según nota de prensa de la editorial, ha sido usted quien ha decidido presentar *De repente la lluvia* en Almería, ¿es cierto?... ¿Hablamos de una segunda parte de *Ocho luciérnagas en la oscuridad*?... Díganos, ¿es consciente de las consecuencias de remover el pasado... o es simple provocación?

—No tengo nada que decir. Si les incomoda mi presencia, ¿para qué han venido? Me consta que el auditorio está a rebosar.

La periodista continuó con su batería de preguntas.

—¿Su acompañante es la nueva Cris? ¿También sale en la novela? ¿Qué papel juega en ella? —Sin duda, lanzaba dardos envenenados.

Los insultos de los aludidos aumentan a medida que avanzan por el hall. La joven parecida a Dua Lipa intentó mantener la compostura sonriendo. El escritor actuaba con naturalidad, quizá hasta con suficiencia, pero él también se sentía algo inquieto.

Sol Ravassa, la editora y presentadora del acto, se acercó hasta ellos bajo un paraguas lo suficientemente grande como para resguardarse los tres. Para la ocasión, llevaba un vestido negro, que además de resaltar su belleza seguramente le costaría un resfriado.

Al escritor le sorprendió ese cambio de look, pues sabía que Sol no era amiga del glamour. Por eso agradeció el esfuerzo de la editora al cambiar, por un día, sus habituales vaqueros y su inseparable cazadora de piel negra.

La editora saludó primero con dos besos a la joven, quien agradeció el gesto.

—Encantada de conocerte.

Luego saludó al escritor revolviéndole el cabello.

—Os ruego que disculpéis este lamentable recibimiento. No imaginé que llegase a tanto la cosa. Si lo crees conveniente, podemos suspender el acto. Ya lo he hablado con tu secretaria, Irina, y le parece lo más correcto.

—No te preocupes, Sol. No es tu culpa —dijo, quitándole hierro al asunto—. Lo importante es que la novela sea un éxito. Y gracias por jugártela por mí.

—Tranquilo, rey. —Salió a relucir la espontaneidad de la editora—. Te dije que era un proyecto por el que merecía la pena apostar fuerte; además, se lo prometimos.

—¿Y tu cazadora? —le preguntó sin poder controlar la risa.

—Será mejor que te calles —respondió sonriendo mientras apretaba los labios.

El móvil del escritor empezó a vibrar. Al sacarlo del bolsillo vio una notificación de WhatsApp: era la foto de una rosa negra y un texto: «¿Jugamos?».

La inquietud del escritor se hizo evidente. Palideció. Las dos mujeres que estaban con él vestían de negro. ¿A quién iba destinada la rosa? La respuesta no tardó en llegar: Sol Ravassa se desplomó con un disparo en el pecho.

Entre todo el revuelo que se formó alrededor del cuerpo inerte de la editora, el escritor localizó en el aparcamiento del paseo marítimo una Ducati 916. Su piloto no había perdido detalle de lo sucedido. Introdujo los prismáticos en una mochila, pronunció un nombre: «¡¡¡Nicoltt!!!», y arrancó emprendiendo la huida, derrapando un par de veces.

El escritor reconoció el rugir salvaje de la Ducati adentrándose en la avenida Cabo de Gata dirección al centro de la ciudad.

—¡No puede ser ella! —exclamó.

NOCHE ANTES DE LA PRESENTACIÓN

Restaurante La Consentida. Almería

La joven que se parece a Dua Lipa prestaba atención a todas las explicaciones que el escritor realizaba durante la cena, tras la previa del libro *De repente la lluvia*.

—¿Por qué me miras así? —preguntó la joven.

—¿Te intimido?

—No es eso. Pero parece que estuvieses contemplando a un fantasma.

—No creo en fantasmas. No creo en nada —respondió mirando su plato mientras cortaba el filete—. Come, que se enfría la carne.

El escritor mentía. Aquella joven que tenía delante era el vivo retrato del mayor error de su vida.

—¿Sabes que, a pesar de la popularidad, soy el hombre más solo del mundo? —Rompió así el hielo que se había creado tras sus últimas palabras—. Pero no se lo cuentes a nadie.

La joven no dio crédito.

—¿Y tus personajes, tus historias...? Te habrán hecho compañía alguna vez.

—Son ficción. Mentiras que acabarán por convertirse en realidad hasta hacerte dudar. Son intrusos que querrás evitar como a los falsos amigos. ¡Hazme caso! Cuando termines la

lectura de *De repente la lluvia* tírala a la basura. Luego olvida que la leíste. No dejes que ellos te atormenten.

—¿... Como lo hicieron contigo?

—¿Por qué piensas eso? —Su voz sonó más elevada de lo que esperaba.

—Creo que no son mentiras. Pienso que, en realidad, vuestro dolor proviene de la misma mitosis. Esperas que esta nueva novela sea vuestra catarsis.

La miró con recelo. Sabía que, en el fondo, tenía razón.

—¿Por qué no la comprendiste? Mejor aún, ¿por qué no los perdonaste? —siguió preguntando la doble de Dua Lipa—. Creo que de haberlo hecho no te sentirías así. —Su pregunta estaba relacionada con lo acontecido horas antes.

—¿Sentirme cómo? ¿Quién te crees que eres para hablarme así? No es cuestión de cómo me sienta. Es lo que hay, quien soy. Ni tú, ni ella ni nadie lo podrían haber evitado.

—¿Estás seguro? ¿Cómo puedes saberlo si no lo hiciste?

—¿Cómo es tu interior?

—Cansado.

—Entonces ya tienes la respuesta a tu pregunta.

La incomodidad del escritor fue en aumento. Buscó los auriculares que llevaba en algún bolsillo de la americana. Los encontró y los conectó al móvil. Comenzó a escuchar música intentando desconectar.

La joven le hizo una seña con la mano para que se quitase el auricular del oído derecho.

—¿Qué música estás escuchando?

—Pop británico. En concreto, alguien a quien te pareces mucho.

—¿Me parezco a quién?

—A Dua Lipa, una cantante de pop británico de origen albanokosovar. ¿No te lo habían dicho antes?

—No. No sé quién es. Si se parece a mí, entonces estará maciza.

—¿Pues sí! ¿Sabes que Dua en albanés significa “amor”?

—Pero ¿qué canción escuchas?

—*Be the one*.

—Sé el único... ¿Como tú? Vamos, no puedo creérmelo, alimentando tu egolatría. Menudo contraste. ¿No crees?

—Canta bien. Las letras de las canciones me importan una mierda, pero la música y la voz son perfectas. ¡Ah!, ya comprendo. ¿Me has tildado de ente?

—Me resulta contradictorio que en tu anterior novela el protagonista generase un odio hacia un compatriota. Y ahora te deleitas con una de ellas. Creo que a eso se le llama hipocresía —se justificó la joven.

—¿Has leído en profundidad *Ocho luciérnagas en la oscuridad*?

—Sí. Muchas veces. Por eso quería conocerte. Es muy buen libro. Muy intenso. Aunque estoy segura de que no sabes nada acerca de Cris. Y el título es muy metafórico.

—Me refiero a la profundidad de cada palabra, cada párrafo, cada página. ¿Lo has analizado? Defíneme. Según tú, ¿cuál fue la línea que nunca debió haberse cruzado, la que los llevó a acabar como lo hicieron?

—Creo que es complicado analizarla tan a fondo. Nunca un lector puede sentirlo como tú. El lector lee lo que el autor le ofrece, pero el origen está arraigado en la esencia del escritor.

—Parece que sabes mucho acerca de mí.

—Digamos que he hecho mis deberes. ¿Quieres mi análisis? Creo que es tu propia historia. Que vives atormentado por la muerte de tu padre y la pérdida de la amistad de tu mejor amigo. Y también rehúyes un amor que te marcó.

El escritor enarcó las cejas y pensó lo equivocada que estaba. En realidad lo que más le atormentaba era el dolor que conllevaba la ausencia de Miha. Siempre Miha...

La joven continuó con su análisis:

—Además, parece que la historia surge a raíz de una promesa incumplida. Cris sobrellevó un odio irracional hacia su propia madre como antes lo mantuvo hacia el padre. Luego está ese binomio amor-odio que la destruyó. ¿Y Platón? Bueno, este no es más que un pobre desgraciado que pasaba por allí.

—En realidad, los verdaderos motivos fueron mucho más complejos que como los he planteado. Pero, por respeto a ellos, no los he reflejado con exactitud. A veces dudo si no fue un error escribirlo. En esta nueva novela he sacado a relucir pasajes de *Ocho luciérnagas en la oscuridad*, pero desde otra perspectiva.

—¿Por qué lo has hecho?

El escritor miró a través del ventanal, buscando a su luciérnaga. Maldecía la lluvia que cala hasta el tuétano, nubla la vista hasta el punto de caminar medio a ciegas. Y ese olor a ciudad mojada, que traspasa los sentidos, que nos mantiene en alerta. Una promesa absurda; por eso Fran Loga odiaba la maldita lluvia, porque le hacía recordar a Miha, quien quería ser fotógrafa, quien le enseñó a querer...

Por un instante le pareció oír su voz, aunque sonaba más pausada. Se giró y pudo distinguir a una mujer sentada cer-

ca, que se reía con la misma naturalidad de Miha. Se miraron sin conocerse. Es igual, no era ella. Miha, siempre sonriendo, incluso cuando estaba triste. Odiaba recordar que su ausencia no era un sueño. Odiaba pensar que ya no la contemplaría a través de la lluvia, como aquella ocasión en la que apareció de pie en el umbral de la puerta, con la apariencia de aquella niña que no lograba olvidar. La amiga que una vez tuvo...

El escritor deseó que se volvieran a encontrar contemplando el mismo atardecer, desde el corazón del malecón, donde crearon un futuro juntos, y los pensamientos del escritor regresaron a una Barcelona lejana, al frenazo de aquel coche, su cuerpo volando por los aires, y luego la lluvia que llegó para negarlo todo.

Seguía viendo cómo la lluvia resbalaba por el cristal del restaurante, mientras se castigaba con el mantra que últimamente se había impuesto:

«Ojalá nunca vuelva a recordarte... Ojalá nadie me pregunte por la nueva novela... Ojalá pudiera regresar hasta el momento en que decidí escribirla... Ojalá no se hubiesen muerto mis padres y hermanos, así no hubiera venido a Almería y no la hubiera conocido... Ojalá yo estuviese muerto... Ojalá no existiera el mañana, ojalá no existiese el ayer... Ojalá estuvieses aquí, Miha».

El escritor se quitó el otro auricular.

—Ahora me toca psicoanalizarte. Seguro que llevas meses sin sexo. Eres manipuladora. Te pareces tanto a ella... ¿Qué pretendes conseguir? ¿Es que quieres follar con un famoso? Claro que eso a ti te importará poco. ¿Dónde está tu dignidad?

—La dignidad solo sirve si me paga las facturas y las deudas, como a Cris —dijo la joven.

Recordó unas palabras que dijo Cris en la vida real y que puso en boca de la Cris personaje de su novela: «Lo efímero, según tú, son cosas triviales como un beso, una caricia, un buenos días, un qué tal estás. Actos altruistas. No olvides que llegará un día en que todos nuestros sueños acabarán por desaparecer, por derrumbarse, y espero que, para entonces, nos encontremos bastantes alejados el uno del otro para no destruirnos».

El escritor no soportaba la fama que siempre deseó y que Miha le vaticinó; la que percibía como algo inalcanzable. Un pasado imperfecto, que no fue lo esperado. No era cobardía, sino desidia. La joven, que había hurgado en una herida que no acababa de cicatrizar, recorría con su pie la entrepierna del escritor. Un acto que le obligó a recordar su última noche con Cris —la real, no la que introdujo en su novela— antes de regresar a Barcelona.

TENGO QUE ALEJARME DE TI (2013)

«Bésame, tonto. Bésame antes de que despierte y el olvido nos aleje por completo del jardín de los sueños.»

Cris

[FRAN LOGA]:

... Cris me esperaba en el jardín que había detrás de su casa. Cuando llegué, estaba acurrucada temblando sobre el banco. Esa noche refrescaba y no llevábamos ropa apropiada. A su lado tenía el libro que le presté de *Ocho luciérnagas en la oscuridad*. Le di una rosa que arranqué de la maceta de alguna vecina. Cris la cogió, la olió y la metió entre las páginas del libro que, por cierto, nunca me devolvió.

—Te he visto con ella. ¿No me habías dicho que no ibas a volver a verla?

—¿Yo? ¿Cuándo te he dicho eso? Te dije que no había nada entre ella y yo. No me gusta. Es una amiga. Ya sabes quién es la que me quita el sueño.

—Lo sé. Otra que no soy yo. ¿Qué soy para ti?

—No lo sé. Como tampoco sé quién eres en realidad, ni qué quieres. Ahora mismo eres la novia de mi amigo. Por cierto, ¿quién es el del coche negro?

Cris no se esperaba esa pregunta y reaccionó a la defensiva.
—¡A ti qué mierda te importa quién sea! ¿Acaso me estás espiando? ¿Te ha pedido Salva que me espíes?

—No. Y me jode lo que estás haciendo con él.

—Y tú, ¿qué me estás haciendo a mí? ¿Crees que puedes venir, criticarme y hacer como si no pasase nada? Me cago en mi puta madre... ¿es que no lo entiendes? Me haces daño. Mañana me marcho de aquí... Tengo que alejarme de ti.

Cris tenía dudas acerca de si dejarse llevar hasta enamorarse o, al contrario, permitir que solo estuviese en sus sueños y entre sus piernas. Aquella noche lo hicieron tres veces y aquel fue el comienzo de las escapadas de Cris.

Bésame, tonto. Bésame antes de que despierte y el olvido nos aleje por completo del jardín de los sueños.

La obsesión de Cris por aquel jardín empezó el mismo día en el que sus vidas se cruzaron. «Un mal día deja de ser un día cualquiera», decía un cantante ya fallecido. Cris pilotaba la moto del escritor, una Ducati 916 Biposto, por la carretera del Cañarete, de Aguadulce a Almería, divisando el mar a su paso.

Cuántas veces fotografió aquel paisaje con la cámara réflex que compró con su primer sueldo... Cris fotografiaba incluso en los días de lluvia, porque a ella también le gustaba pasear bajo el agua.

—¿Sabes que, cuando llueve, dentro del mar se está caliente? —le dijo a Cris en una ocasión.

La cámara llegó a convertirse en lo mejor que le había sucedido a Cris en su corta edad. Nunca había contemplado el mar como lo hacía a través de las fotografías.

—¿Cómo la conociste? —preguntó la joven que se parecía a Dua Lipa.

—Yo no iba a salir aquella noche... pero Salva insistió.

—¿Y eso?

—Pienso que en esta vida todo sucede por algo —dijo, enfatizando las últimas palabras—. Siempre existe una conexión invisible. En cuestión de segundos pasas de ser el mero espectador (que contempla todo con recelo: drogas, prostitutas, corrupción, asesinatos...) a convertirte en protagonista principal. Lo explico en el capítulo décimo de esta novela.

—No lo he leído, aún.

—Lee solo la introducción, por favor.

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD CAPÍTULO X

... Ahora que he recordado cómo volar, ¿cuándo podré ponerlo en práctica? Quizás pasado mañana... Sí. Será el día idóneo. Hará un año que la conocí.

Me palpo las cicatrices en donde deberían de estar mis alas. No me duelen, pero cuando pienso en ellas es cuando más las echo de menos. Echo de menos el cobijarme bajo su protección, hasta que la negrura pase.

Me gustaría recordarte en cada paso, en cada palabra, en cada reflejo en los charcos, en todas las ventanas a las que me asomo buscándote, en cada parada del autobús donde espero tu regreso.

Es posible que algún día me suicide por no ser capaz de convertirme en escritor.

—Es muy bonito. ¿De quién es? —le preguntó.

—De Louki, el protagonista de *Ocho luciérnagas en la oscuridad*.

FRAN LOGA

Fran Loga llegó a Almería en el 2012, un mes después del accidente mortal en el que fallecieron su padre, su madrastra y sus hermanos. Su madrastra era una neurótica manipuladora. Su padre, profesor de Literatura de la Universidad hasta que lo despidieron por flirtear con una alumna, tenía alzhéimer. De él aprendió todo lo que sabía acerca de la música y de los libros. También le enseñó a tocar el clarinete y el piano. Sus hermanastros tenían tres y cinco años.

Los recuerdos de su familia, de Cris, de Miha... acentuaban aún más la presencia de la fiel luciérnaga que desde hacía tiempo era la única compañía que toleraba. La única capaz de hacerle olvidar que ya no podía soportar a la gente. Era su guía, le mantenía a flote dentro de la oscuridad del infierno en que se convirtió su vida. «Como dijo James Dean, creo que fue él: ‘No se puede controlar el viento pero sí ajustar las velas. También podemos rodear la tormenta’». Pero ¿cómo escapar de ella?

La luciérnaga lo encontró una madrugada observando la lenta marcha de un caracol. En condiciones normales, la visión del caracol le hubiera estresado por su parsimonia; y,

aunque en un principio no comprendía la tranquilidad de sus movimientos, acabó por asimilar que en su vida era justo lo que necesitaba. Y se alegró de haberla encontrado, a la luciérnaga, porque un mundo sin luciérnagas sería, sin duda, un mundo más triste.

LA LUCIÉRNAGA

Restaurante La Consentida. Almería

—«La instantánea de una buena fotografía depende del ente invisible que domina el aire, como un virus que se propaga rápido y que, al final, acabará por infectar a todos», me solía decir Miha cuando se ponía en plan intelectual. —El escritor continuaba hablándole a la joven que se parecía a Dua Lipa, aunque en realidad estaba recordando en voz alta.

En esos momentos en los que divagaba, querría regresar al pueblo donde nació y creció. Rememorar aquellas casas de planta baja que contrastaban con los estrechos edificios a los que nunca se había acostumbrado. Soñaba con encontrar a su familia al entrar en la casa familiar. Deseó, por un instante, regresar al momento justo en que su madre les tomó aquella fotografía, la única que tenía con Miha, saltando sobre los charcos, manchándose la ropa de barro, en aquella calle sin asfaltar. Después, sacando la niña que llevaba dentro, su madre se había unido a sus juegos.

El escritor llegaría hasta la casita de Miha oyendo tras de sí unos pasos lentos, como de alguien siguiéndole; aunque sabía que eso era imposible, pues aquella calle ya no existe, como tampoco aquel viejo perro guardián, al que llamaron Onlyou, porque aullaba siempre que escuchaba esa canción.

Le llegó a la memoria una mañana dominical soleada. Su madre cantaba dentro de casa una canción de Cole Porter que sonaba en la radio. El escritor estaba jugando en la calle con Miha. Minutos antes, su madre se había empeñado en que saliera a jugar. Entonces se oyó un disparo, como un petardo lejano. La voz de la madre cesó. Él entró corriendo y la vio en el suelo. Un fuerte olor a pólvora inundó su dormitorio.

Fran Loga se crio en un barrio periférico nada lujoso, pero bastante acogedor, con calles sin asfaltar, lo que permitía el contacto directo con la tierra. Lluvia y barro... ¡qué agradable recuerdo! Y el mar al alcance de la mano. Alrededor de aquel barrio, la naturaleza parecía no tener fin. Una vía de ferrocarril, a lo lejos, marcaba la línea divisoria entre ellos y el resto del mundo... La ciudad.

Cuando cumplió catorce años, su padre llegó borracho; lo habían despedido de su trabajo. Llovía mucho. No vio a Miha... y desde aquella noche la chica quedó en coma. Miha se marchó, también a los catorce, el día de sus cumpleaños.

Una semana después del accidente, su padre decidió mudarse al otro lado de “la frontera”, y la casa de su niñez quedó relegada, maldita desde entonces, a alguna visita en Navidad.

Hasta entonces, aquel verano había sido inolvidable. Fue el verano del campamento donde conoció a la francesa Ivonne, del *Passé Composé*, de cuando pintaron de rojo a Onl-you, y de las bicicletas.

En su casa había tres: la de su madre, la de Miha y la suya. El día antes del accidente, mientras preparaban la tarta y los bocadillos para la celebración conjunta de los cumpleaños,

Miha le había dicho: «Cuida de mi bicicleta. No la pierdas nunca. Un día volveré a por ella. Y escribe. Escribe todos nuestros sueños». Y se lo prometió.

Aquella bicicleta BH roja colgaría desde entonces de un soporte en el patio de la antigua casa del escritor.

La tristeza que marcó aquella ausencia iba camino de lograr el vacío en que acabaría con sus vidas. Se apagó la luz que le guiaba; el pincel destinado a borrar las cicatrices que todos llevamos, las que la gente no ve.

La única vista desde el balcón de la nueva vivienda era aquel horrible bloque de pisos, el humo que absorbía la ciudad. Todo de repente era desconocido para él. Todo contacto con la naturaleza quedó relegado a las cuatro macetas que el escritor colocó en el balcón. Sentía lástima por aquellas plantas, que seguro amaban la libertad tanto o más que él. En el resto de los pisos podía ver flores encadenadas, pájaros enjaulados, tristes, presos como él, confinado entre las cuatro paredes y los sesenta metros de vivienda.

Fue por aquel entonces cuando conoció a la luciérnaga que le descubrió observando la lenta marcha de un caracol, en el tallo de una de las macetas vecinas. Al escritor le apasionaban las luciérnagas. «¿Sabes que en España son ocho las especies que existen?», solía contarle Miha.

El sólo quería regresar a su casa de siempre, a las meriendas que nunca se perdían. Siempre quiso a aquella niña y a aquella casita donde empezaron a soñar con viajar a Aarhus, donde se iba en bicicleta a todos sitios. Y pasear por la ciudad vieja, por su calle Mollestien; y sería pecado no hacerlo por el barrio Latino, comprar en sus tiendas y beber café. De equipaje bastaría con una pequeña maleta. Miha ya se

visualizaba con la tarjeta de embarque en una mano y el pasaporte en la otra, y colgada del cuello la Nikon que vio en una revista, «para coleccionar vida». No necesitaba nada más. Porque desde niña siempre soñó con inmortalizar esos lugares mágicos que residían en sus sueños, los mismos que decía que nunca debería olvidar, porque si en una gran parte del mundo amanecía, en la otra anocheecía; y que siempre hay alguien atrapado en la frontera entre ambas partes del mundo, alguien presente en todos los sueños. Por eso Loga comenzó a plasmar su historia, porque sentía que existía un cielo para ellos. Un cielo que Onlyou le inspiró para comenzar a escribir, porque solo él comprendía a aquel perro pintado de rojo: «Las esperanzas, los sueños auténticos, se han disfrazado de arcángeles oscuros».

Aquel accidente supuso la despedida de su niñez. Se habían jurado no cambiar. Se prometieron fidelidad absoluta, mutua, pero al poco de separarse él empezó a temer y a descubrir nuevas paredes, nuevas calles...

«Temo que al despertar encuentre la ciudad cambiada, tanto o más que nosotros», dijo el escritor para sus adentros.

La joven que se parecía a Dua Lipa estaba llorando.

—Este es el libro que se sentía solo.

—Sí. Es el libro que solo quiere ser leído, amado. Que sus páginas hagan comprender nuestra realidad, ficciones para muchos que nos envidiaban porque descubrieron lo privilegiados que éramos al poseer ese punto de locura y rebeldía.

Continuó lloviendo.

EL ROCOCÓ

Día previo a la presentación. Almería

Salvador Beltrán regresaba de hacer la compra a su domicilio, donde vivía con su mujer, Cris García. El piso era pequeño, decorado de manera austera, sin espejos. Llevaba consigo el periódico del día. Dejó la compra en la encimera de la cocina y fue a verla. Se encontraba recostada en el sofá del salón mirando la tele. Su tez estaba blanca, con ojeras, y temblaba. Las muñecas, vendadas.

Al acercarse a darle un beso, Cris apartó la cara.

—¿Cuánto tiempo hace que no sabes nada de quien tú sabes?

—Desde lo de Rice. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Sabías que está en Almería? Le he visto en las noticias.

—Sí. Eso iba a decirte. He leído una entrevista en La Voz de Almería. Viene a presentar su nueva novela, mañana, en el auditorio.

—¿Y qué vas a hacer?

Salvador se quedó pensativo. No sabía ni qué decir ni qué hacer. Era una situación complicada. Ella era su mujer. Él, su mejor amigo.

Restaurante La Consentida. Almería

El escritor pidió por favor que buscara el capítulo donde cuenta el pasaje reescrito de la anterior novela para saber cómo se conocieron Louki y Cris. La joven asintió y volvió su mirada al libro. Estaba fascinada tanto con las explicaciones como con la lectura de *De repente la lluvia*. Empezaba a distinguir la realidad de la ficción.

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

CAPÍTULO X

El Rococó y Louki. 2012

A Cris la conocí el mismo día que cumplió diecisiete años. Desapareció a los dieciocho cuando se quedó embarazada. A los diecinueve ya había destruido su vida y parte de las nuestras.

Cris trabajaba en la cocina del bar Rococó. Era la única empleada que Rice, el propietario del bar, se podía permitir. A Rice lo apodaban “el Guaperas”. No tenía dinero para pagar nada más que a una persona para que le ayudara con el bar. Decidió escoger a una camarera joven y guapa. No es que fuera un experto en marketing, pero sabía lo que a la gente le gustaba ver cuando iba a un bar.

Un local mal acondicionado ocupaba los bajos de un edificio con peligro de derrumbe. La magnífica ubicación, en la calle principal, frente a la iglesia y el ayuntamiento, era el principal atrac-

tivo de aquel bar que, en la primera impresión, causaba desconfianza. De fachada simple, pintada en verde y solo adornada por un cartel redondo de cerveza Henninger y el nombre: Rococó.

El pueblo se llamaba Benahadux; a dos kilómetros de Rioja, no la de los viñedos y vinos, sino la de Almería, donde me trasladé a vivir con mi abuelo después del accidente en el que falleció mi familia.

Rioja... así se llama el pueblo donde el destino se empeñó en llevarme.

Dejar Barcelona para empezar una nueva vida, en un pueblo de 1355 habitantes, me resultó complicado por dos motivos: la incompreensión por el duro zarpazo con el que el destino me había golpeado y la rebeldía de mis 19 años. Yo era un purasangre al que pretendían domar en la tranquilidad de un pueblo. En el aspecto económico no tenía problemas. El seguro me dejó una buena indemnización y los ahorros y bienes de mis padres pasaron a ser de mi propiedad.

Pero, sin duda alguna, lo más preciado para mí fue la Ducati 916 Biposto que mi padre restauró con mi ayuda (ya que mis hermanos eran muy pequeños para mancharse las manos, y menos para ponerse el mono de trabajo). ¡Joder, qué bonita nos quedó! ¡Vaya máquina!

A Platón lo conocí en el taller de un antiguo amigo de mi padre, Paco García, o Paquillo,

como le llamaban todos. «Llévale la moto a Paquillo y que te ponga un 25».

Una Derbi pintada de blanco y azul era la moto que Paquillo estaba reparando en ese momento. Tenía el bloque motor sujeto por dos torniquetes sobre la bancada. A su lado había un chaval bajito y regordete que le atosigaba a explicaciones. Por un momento llegué a pensar que el mecánico era él. Paquillo no me reconoció y tuve que presentarme: «Soy Fran Martí, el hijo de Pedro Martí. Mi abuelo Pepe me ha dicho que venga a verte. Mi moto hace un ruido raro en los bajos y quiero saber qué puede ser».

Paquillo dejó lo que estaba haciendo y mientras se limpiaba las manos con un trapo me miró con los ojos entornados. Esperaba ver en mi cara algún resto de la imagen de mi padre. Tanto si lo encontró como si no, se me acercó con una sonrisa triste y me dio un abrazo. Yo no necesité más.

Salió a la calle para echarle un ojo o, mejor dicho, un oído a la Ducati. Aceleró en dos ocasiones y entonces fue cuando Platón, el chico bajito y regordete, se giró y salió a la calle. Su cara era un poema. ¡Qué felicidad irradiaba! Y exclamó: «¡Por Dios!, ¿es tuya esta preciosidad?».

—Sí. —Mi cara reflejaba el orgullo que sentía por ella. Creo que a ambos nos traicionaron las emociones, dejando al descubierto una felicidad que hacía tiempo no demostrábamos en público.

Paquillo me sugirió que aquel muchacho se encargara de ello. No puse objeción alguna; sabía por mi abuelo que Paquillo era todo un profesional. Si él confiaba en Platón, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

Aquel día Platón no se separó de mí. Me contó su vida y me habló de su gran pasión por la mecánica y las motos antiguas. «¡Joder, una 916! ¡He pilotado una 916!». No salía de su asombro.

—Por cierto, soy Platón. Te invito a una cerveza. ¿Tienes hambre? Conozco un bar donde ponen unas tapas de puta madre. ¿Sí o qué?

—Yo me llamo Fran. Pero me dicen Louki.

Veinte minutos después aparcábamos las motos en el Rococó. Y ese día empezó nuestra amistad.

Cuando entré por primera vez en el Rococó sentí una especie de *déjà vu*. Rice, el dueño, era un tío muy campechano, buena gente. Platón me lo presentó.

—Este es Louki, un amigo que se ha venido a vivir a Rioja. Asómate a la calle —le dijo señalando con su cabeza la puerta— y verás la moto que tiene.

—Encantado. —Le estreché la mano por encima de la barra. No era de las personas que aprietan firme, sino más bien de las que otorgan un ligero roce. Yo, en cambio, soy de los que piensan que un apretón ha de ser fuerte y debe durar como mínimo cinco segundos.

—Mi alma, ¿os pongo dos cervecitas? —nos preguntó Rice con esa sonrisa, marca de la casa, que siempre tenía visible.

—¿Tienes Voll Damm? —le pregunté.

—Claro. Es la que yo tomo. Ya me estás empezando a caer bien, Louki.

—Y vosotros a mí. —Y puse un euro en el tapiz del billar.

—¿Os pongo unas bravas? ¿Gambas? ¿Lomo? ¿Choto al ajillo?

—Unas gambas para mí —respondió Platón.

Yo pedí una de bravas, «pero sin picante, por favor».

El escritor habló del Rococó en un tono entre la melancolía y el cariño.

—... Durante los meses de aquel verano acudimos a diario al Rococó a tomar el aperitivo del mediodía y la cerveza de la noche. Creo que Rice me impresionó desde el primer instante en que lo vi. Pero no fue hasta casi un mes después cuando conocí a Cris. Reconozco que soy muy reacio a mostrar mi intimidad. Me cuesta abrirme, así que prefería compartir un poco de filosofía barata, una charla amigable y fomentar una amistad perdurable con “el Guaperas”. Quería y buscaba calma.

»Si había algo de aquellos pueblos que resaltar era, sin duda, la tranquilidad que reinaba. Después de lo ajetreado de mi pasado, agradecía una tregua al destino; pero este no estaba por la labor de facilitar mi petición.

»Después de hacer footing, comencé a sumar también mis tardes allí. Percibía aquel lugar como mágico, una especie de sincronismo del factor espacio- tiempo. A veces sentía que el tiempo se paraba, y comprobé que allí nunca pasaba nada. El Rococó ofrecía cierta sensación de vacío, de ocaso anunciado, como el acecho de una despedida inminente. Caí en la cuenta de que el bar raras veces se llenaba de clientes; solo Salva, Manolo, “el Venado” y yo llenábamos de calor el hogareño Rococó. «Mis asiduos», como nos solía llamar Rice. «El día que no vengáis, seguro que echo el cerrojo».

»Las sensaciones que podía sentir en cada poro de mi cuerpo hacían que me encontrase muy bien allí. Siempre me sentaba en la misma mesa de la derecha conforme se entraba al Rococó. Pedía una coca-cola y me abstraía en mis pensamientos.

»En otras ocasiones, Rice me pedía acompañarlo y entonces cambiaba mi mesa por un taburete en la barra. Siempre bebía un café solo. Cuando eso sucedía yo tomaba un Martini mezclado con 7up o un exquisito capuchino que Cris me preparaba con un amor irracional. Era un auténtico ritual verla prepararlo, sobre todo cuando se agachaba a coger el azúcar moreno que, muy discretamente, solía dejar momentos antes en la estantería inferior detrás del mostrador. La visión del momento era tentadora, provocación pura y el detonante de miles de malos pensamientos. En fin... era Cris.

»Rice murió hace tres años, en 2014, durante un atraco al Rococó. Era la hora del cierre cuando entraron dos rumanos a sacar tabaco de la máquina expendedora. Uno de los rumanos le dio a Rice un billete de cincuenta euros para que lo cambiara. Rice entró a la cocina, y cuando salía con el cam-

bio recibió un navajazo en el tórax que le reventó el corazón.

»Cuando sucedió aquello, compré el Rococó. Pagué las deudas que arrastraba y ofrecí la oportunidad de regentarlo a Cris y Salva. Él no quiso mi ayuda, pero Cris sí se comprometió a sacarlo adelante. La escritura del nuevo Rococó estaba a nombre de Salva, pero nunca, bajo ningún concepto, debía saberlo Cris. Para ella el bar era mío. A Salva le ayudé a quedarse con el traspaso del taller de Paquillo tras su jubilación. Desde entonces cada cual ha llevado su propia vida por caminos distintos, aunque ya llevásemos tiempo distanciados.

Día previo a la presentación. Almería

A pesar del cansancio de las casi nueve horas conduciendo desde Barcelona, el escritor dejó el equipaje en el hotel NH y se fue directo al cementerio sin descansar. Una vez allí caminó cabizbajo acompañado por un silencio que solo era interrumpido por el resoplar de alguna lechuza proclamando un mal augurio. Empezó a anochecer y cayeron las primeras gotas. Llegó hasta la tumba de Rice apartando las hojas secas que la cubrían por completo. Depositó sobre la lápida dos Voll Damm que había comprado por el camino. Las destapó. Encontró un ramo de flores frescas. Imaginó que serían de Cris. Ella era muy suya en ese aspecto y sabía que, mientras viviera, la tumba de Rice no estaría desamparada.

Le dio un par de tragos a la cerveza y miró al cielo. Secándose las lágrimas alzó la botella: «¡Por ti, Rice!».

EL CUMPLEAÑOS DE FRAN LOGA

Benahadux

En realidad, el escritor conoció a Cris en el decimoséptimo cumpleaños de ella. No fue un encuentro muy acertado que digamos. Salva acababa de recoger la Derbi que por fin había acabado de reparar —porque el escritor le prestó el dinero de las piezas que necesitaba, que si no, no habría terminado de repararla nunca—.

Como de costumbre se fueron al Rococó a tomar unas cervezas a pesar de que no le apetecía salir esa noche. Estaba lloviendo. A Salva le derrapó la moto y golpeó suavemente a una mujer mayor que cruzaba la calle, tirándola al suelo.

Cris bajaba la acera detrás del escritor; este no se dio cuenta del percance. Había llegado antes y aparcado unos metros más arriba, justo enfrente de la entrada al Rococó. Estaba quitándose el casco y al girarse se tropezó con Cris. «Ten cuidado, gilipollas. ¡A ver si miras por dónde vas!». Dirigiéndose a Salva empezó a echarle una bronca cada vez más airada. «¡Joder, qué mala leche tiene esa nena!», pensó el escritor. Salva se sacó el casco y cuando Cris lo reconoció, le regañó: «Bueno, tú tenías que ser. Me cago en tu puta madre. La has podido matar».

Entraron los tres al Rococó. Ella se fue directa a la cocina. Ellos dejaron los cascos sobre la mesa de billar, pidieron sus dos Voll Damm y las tapas de bravas.

—Dos de bravas. Una sin picante —pidió Rice—. ¿Oído cocina?

—Sí. Dos de bravas. Entendido —respondió desde dentro la voz de Cris.

Aquella noche las bravas picaban más de lo normal. El escritor se quejó a Rice, quien, pidiendo disculpas, recriminó a Cris. Dos minutos después la tenía delante. «Tú eres el gilipollas que se ha quejado, ¿no?». Antes de que el aludido tuviera opción de responder, Salva salió al quite y se autoinculpó para dejar el asunto zanjado sin mayores consecuencias.

—¿Está bien la señora que cayó al suelo? —preguntó educadamente el escritor.

—A ti qué te importa. —Y Cris regresó a su trabajo.

—Vaya carácter tiene esta —dijo Salva.

—Dímelo a mí, que tengo que soportarla todos los días —asintió Rice.

El día anterior Salva informó a Rice que era el cumpleaños de su nuevo amigo, así que Rice había preparado esa mañana una tarta y salió de la cocina con ella y veinte velas coronándola.

—Capullo —le dijo a Salva—, ¿para qué te has molestado?

Los tres rieron. Rice empezó a cortar la tarta: «Haz cuatro trozos», le dijo el escritor. Este se levantó y se dirigió a la cocina. Cris estaba relamiendo una cuchara llena de merengue. La invitó a que se sentase con ellos. Ella negó con la cabeza sin levantar la vista de la cuchara. Él le dijo que era un poco borde y estúpida. Entonces, limpiándose

el merengue de los labios, le miró directamente y respondió: «También es mi cumpleaños y nadie me ha preparado nada». Él reconoció justificada su actitud e insistió en compartir la tarta. «Tengo la costumbre de celebrarlo sola. Nadie me da órdenes». Y le untó la nariz con el merengue que aún quedaba en la cuchara.

No había pasado mucho tiempo desde que salió de la cocina para continuar la celebración con sus amigos, cuando Cris se acercó hasta la mesa y, apoyando las manos sobre ella, se dirigió al escritor: «¿Sabes?, me gustaría que me dieras una vuelta en tu moto. Es muy chula. No como la mierda que tiene este». El escritor miró a Salva, extrañado, y le pidió permiso a Rice:

—¿Crees que hoy podría Cris terminar antes?

—¡Ahora! —dijo Cris. Cogió los cascos y lo arrastró consigo—. Vamos a disfrutar de esta vuelta, no lo olvidarás... —le susurró al oído antes de salir con él del bar.

Esa noche no regresaron al Rococó. Al día siguiente tendrían que dar muchas explicaciones. Y al escritor no le gustaba la idea, pero... ¡Joder, cómo besaba Cris!

EL CLUB KASSANDRA Y NASTIA (2013)

Una noche de miércoles, el día favorito de Miha por ser esdrújulo, Salva había cobrado el mes e invitó al escritor a cenar en el Asador Vamphirus. La ausencia de Cris, debida a una de sus escapadas famosas, los había vuelto a unir. El escritor iba vestido con ropa informal, unos tejanos y un polo Lacoste, y Salva aún llevaba puesta la del trabajo, llena de yeso y sucia.

El escritor pidió un entrecot de ternera, y Salva una pterna de cordero al horno. Un plato al centro de jamón ibérico, queso curado y unas olivas rellenas de entrante.

—... Y traiga un par de botellas de Sangre de Toro, por favor.

El camarero los miró con desprecio.

—Disculpen, pero ¿están seguros de lo que han pedido? Nuestros precios no son accesibles a todos los bolsillos.

El escritor se mosqueó.

—¿A qué viene eso?

Salva, que sabía de qué iba el tema, se echó mano a la cartera y sacó todo el dinero que había cobrado. Lo puso encima de la mesa abriéndolo como un abanico.

—Disculpe. Estos son nuestros bolsillos.-

El escritor se envalentonó y sacó su Visa Oro de La Caixa y la puso sobre los billetes.

—Y esta es nuestra reserva. Ahora tome nota, que tenemos hambre.

—¿Algún problema? —pudieron oír a sus espaldas. El camarero se puso blanco. Tomás, el propietario del Vamphirus, tomaba cartas en el asunto.

—Ninguno —contestó Salva—. Tu nuevo camarero... ¿De dónde lo has sacado?

—Es el sobrino de mi nueva pareja. Entre nosotros, un auténtico gilipollas. Pero si no trabaja, no follo en un mes.

Y se rieron los tres.

Veinte minutos después estaban devorando la comida. La primera botella voló con el entrante del jamón y el queso.

La velada estaba resultando agradable. Tomás dio la orden de que el vino corriera a cuenta de la empresa. Les contó que se había divorciado y que estaba con una rusa. Le preguntó a Salva si seguía viendo a la diosa de ébano; este le hizo un gesto haciéndole comprender que había metido la pata. Porque a pesar de estar saliendo con Cris, continuaba acudiendo al Kassandra; acto motivado por las ausencias prolongadas de Cris. El escritor, notando su turbación, continuó el tema con naturalidad:

—Vamos, pichabrava. Cuenta.

El vino soltó a Salva la lengua y se le escapó que había cierta camarera en el club al que iba que seguro que le gustaría. Era alta, de complexión atlética y hablaba varios idiomas. Además tocaba el violín. Y que ya le había hablado a ella de Fran.

«Nastia —así se llamaba ella—, tengo un amigo que te gustará. Inteligente, guapo, y habla muy intelectual, como tú. Lo que pasa es que creo que es medio gay, porque no lo he visto con ninguna mujer desde que lo conozco. ¡Ah!, y tiene una buena polla». Volvieron a reír. El escritor levantó la copa brindando por ello. El perfil de Nastia le generó curiosidad, y también ayudó el Sangre de Toro a ello.

El Kassandra estaba casi vacío esa noche. Una mulata de casi metro noventa se acercó a Salva nada más entrar. Se llamaba Jazmine. El escritor se ausentó al servicio. Cuando regresó, Nastia ya hablaba con Salva.

—Oye, éntrale a la camarera. Hazme caso. Es Nastia.

Diez minutos después, con la llegada de otra joven que la relevó en la barra, Nastia estaba sentada con ellos en uno de los reservados.

Pidieron cuatro vodkas con naranja y una botella de champagne. La charla entre ellos comenzó a animarse y a subir de tono, tanto que Salva desapareció para disfrutar los dones de la mulata de metro noventa.

El escritor advirtió que Nastia tenía tatuada una bruja en la muñeca derecha y le preguntó si tenía alguno más. Le enseñó entonces un dragón que lucía sobre su vientre y cuya cola se perdía entre sus muslos.

«Me dicen Nastia, pero en realidad me llamo Anastasia». Hablaba casi sin acento, se expresaba de manera muy ordenada y elocuente. De aquella primera conversación, lo único que el escritor recordaría sería lo siguiente: hay tres cosas que ella detesta en la vida: que la apunten con una pistola en la sien; no poder pasear por el barrio de Bacon Hill

en Boston junto a Serah, por sus calles estrechas y adoquinadas; y las comisiones de los bancos.

«También odio que me mientan, pero es una cosa a la que estoy acostumbrada. Yo también miento, sobre todo cuando finjo los orgasmos, cuando me mienten a mí. Así que pago con la misma moneda. Es mi filosofía, tratar como me tratan. Lo llamo reciprocidad forzada». Fran dibujó una sonrisa al escuchar ese curioso concepto. Era una justa filosofía. Las visitas al Cassandra fueron repitiéndose. Nastia no estaba en el menú. Ella solo servía copas. Se dejaba invitar. Fran y ella se acostumbraron a pasar la velada hablando, siempre que hubiese pocos clientes o en los momentos de algún relevo por parte de alguna compañera en la barra. El hecho de que Nastia no fuese una prostituta afianzó entre los dos una relación que pasó a ser de índole más intelectual que sexual. Parecía que formaban parte de un prostíbulo intelectual, incluso se permitían la delicadeza de tratar temas muy personales. Una noche Nastia se abrió a Fran Loga: «Mi padre tocaba el violín...», le contó con añoranza, «pero le dio un ictus y se suicidó al no poder tocar más». El escritor le contó que el suyo también le enseñó música, concretamente a tocar el piano y a disfrutar con las notas, a crear melodías.

—Fue un cobarde mi padre... —continuó Nastia—. Una bala le atravesó la cabeza y a mí me dejó en la más absoluta soledad. No sé montar en bicicleta porque nunca me enseñó. «Otro día, te lo prometo», me decía siempre. ¿Quién sino mi padre debía enseñarme a montar en bici? Se lo echo en cara porque un día estaban varios padres pedaleando por el paseo marítimo junto a sus hijos cuando oí: «Mira, papá, ¡ya soy mayor! ¡No me caigo!». «Muy bien», le contestó un

guapísimo padre, «muy bien. Eres el mejor. Ahora sigue tú solo con mucho cuidado. Tengo que hacer unas cosas». En tabló conversación conmigo, ¿o fue al revés?... Creo que fui yo... es que me gustaba ese hombre. Me gustaba mucho. Qué digo... ¡muchísimo! Tras un buen rato de charla me preguntó si me gustaría salir con ellos en bici. Me sonrojé. Pedí perdón alegando que se me había hecho tarde, y me marché de allí perdiendo una gran oportunidad. ¡Por eso te tengo que odiar, papá! —Miró al techo al hacer su exclamación. Después, cambiando radicalmente de tema, tomó su copa—. ¿Dónde vives?

—En Rioja. La de las naranjas, no la de los vinos.

—El pueblo del puente. Lo conozco. Es pequeño, pero muy acogedor.

—Es tranquilo. ¿Y tú?, ¿de qué nacionalidad eres?

—De Montenegro. ¿Sabes que a mi abuela, cuando dio a luz a mi madre, sus amigas le regalaron naranjas de España? Y esas naranjas venían envueltas con papeles, que todavía guardo algunos, y eran de allí. Por eso cuando llegué y supe de la cercanía de Rioja, no pude evitar visitarla. Fue la primera vez que vi un naranjo repleto de azahar. Un anciano me explicó que de esas flores salían los frutos. Me recomendó pasar meses más tarde, cuando la naranja estuviese lista para su recogida. También me explicó que las variedades, años atrás, eran la castellana y la “wasintona” (creo que me dijo algo parecido), y que hasta Rioja acudían jornaleros de casi toda España, la mayoría murcianos y valencianos. «Antaño era muy famosa y ahora ya la ve usted, joven... ¡Ay! El corazón se me encoge al ver estas tierras abandonadas...», me dijo. Todavía lo recuerdo —rio con cariño.

El escritor también sonrió mirando su copa; creía haber reconocido a ese anciano en aquellas palabras.

El abuelo Pepe. Rioja

Unos días después de la conversación con Nastia, preguntó a su abuelo si era cierto lo que le había contado y él, con tristeza en la voz, lo corroboró. A pesar de los noventa y dos años su memoria era perfecta.

—De aquellos tiempos hace mucho. Tu padre era muy joven cuando se marchó a Barcelona a trabajar y, por entonces, la agricultura en Rioja había decaído. Hoy día quedan algunas fincas pequeñas, cuyos propietarios apenas sacan para subsistir. Te estoy hablando de hace casi sesenta años... Ahora ya la agricultura es solo de los invernaderos.

—Nunca hemos hablado del tema, abuelo, ni siquiera con mi padre. No tengo recuerdos del pueblo, ni de vosotros.

—Apenas venías por aquí. Al principio, cuando eras pequeño, te enviaban de vacaciones una semana con nosotros. Yo te llevaba a que vieras la finca de los Batlles y los almacenes de Navarro Monet en las afueras del pueblo, por donde hoy pasa la autovía. Eras feliz bañándote en la fuente. ¿Sabes que te reías al ver cagar a las cabras de Joséico, cuando subían por la calle la Fuente de regreso al corral? A veces te ponías tan pesado que tenía que llevarte a verlas, porque querías tocar el cencerro que llevaba el macho; también te enfadabas si las cagarrutas tapaban el hoyo de las canicas mientras jugabas.

»La abuela no congeniaba mucho al principio con tu madre. Decía que era una loca; y luego con tu madrastra, lo mismo. Supongo que eso influyó, junto a la gran carga de trabajo que soportaba, para que mi hijo (y padre tuyo) y yo nos fuéramos distanciando poco a poco. Luego, con la muerte de tu madre, ese distanciamiento fue a más hasta que un día dejó de enviarte con nosotros.

»Después, con la enfermedad de tu abuela, creí que la cosa cambiaría, tenía la esperanza de que tu padre comprendiese y perdonase a su madre. Pero ninguna vez vino a verla. Ninguna. Llamó por teléfono un par de veces. «Cuando esté más tranquilo de trabajo, cogeré una semana de vacaciones e iremos a veros. Te lo prometo». Y así pasaron los días, esperando esa promesa. Tres meses después sucedió el accidente y no pudimos despedirnos de él. La vida nos golpeó duramente. Tu abuela tuvo que sufrir el dolor de enterrar a un hijo. El día del sepelio, perdió los nervios y comenzó a gritar como una loca dentro de la iglesia, maldiciendo a Dios. Los vecinos, que sabían lo de su tumor cerebral, se compadecieron de ella. El tumor fue radical. En los últimos días de vida solo lograba balbucear: «¿Por qué te lo llevaste a él? Mi hijo... mi hijo...».

»Menos mal que tú no ibas con ellos aquella noche. Por lo menos te tengo a ti. Te pareces mucho a tu padre cuando tenía tu edad.

El abuelo del escritor se secó con la gorra unas lágrimas que le caían por las curtidas mejillas, evidencia de tantas horas a la intemperie.

A la mente del escritor regresaron de manera muy vaga, como ligeros flashes, los dos camiones viejos que tenían, “los

Caleros”, en la cochera donde solía jugar con algunos de sus amigos. Y también recordó las canicas: primera, segunda, tute, pie y guá.

—Abuelo —le dijo cogiéndole la mano—, creo que antes éramos más felices. ¿No opinas lo mismo?

El abuelo seguía afectado por los recuerdos removidos, recuerdos de una vida marcada por la pobreza y el sufrimiento. El abuelo comenzó a contarle, con esa dulzura que irradiaba en el tono de su voz, la misma historia que solía contar a los jóvenes que se dignaban a entablar conversación con él.

—... La de veces que he caminado con el burro y el carro hasta los campos de Níjar a por sandías... Gastaba casi el día completo en ir y venir. Antes no había tantos adelantos como los hay hoy. Mira tu teléfono, ¡por Dios bendito, si puedes ver la televisión en él! Antes teníamos que ir a verla al bar, y era en blanco y negro, con solo dos canales: la primera y la segunda, ¡ah!, y la carta de ajuste. Ahora hay tantos canales que uno no sabe ni qué ver. Aunque yo me apaño con mi Juan y Medio, por lo menos es entretenido y me río con sus ocurrencias.

—¿Sabes, abuelo? Siento mucho no haber podido pasar más tiempo con vosotros.

LOS CUMPLEAÑOS

*Tres días antes de la presentación. Hospital Vall d'Hebron.
Barcelona.*

El escritor acudió como cada tarde a relevar a la madre de Miha durante unas horas. Eran ya muchos años en coma, de cansancio y desánimo.

—¿Cómo ha pasado la noche? Ayer, mientras estuviste fuera, las máquinas comenzaron a pitar y me asusté.

—Por ahora está tranquila... El neurólogo no sabe explicarme que sucedió. Quizás esté despertando... Ojalá sean indicios de una mejoría...

El escritor le comunicó que había contratado a una enfermera para que los sustituyera durante los días que iba a estar de viaje.

—Mañana viajo a Almería, a la presentación de la nueva novela. Estos días quiero que descanses. Quédate tranquila, la enfermera es de confianza. Si sucede algo nos avisará.

El escritor tomó la mano de Miha, le acarició el pelo y la besó. Miha sintió ese beso como todos los anteriores. «No, cariño, no vayas a Almería. No vayas...».

Al ver el ejemplar de su última novela que le regaló sobre la mesita de noche, preguntó a la madre de Miha si le estaba gustando.

—Sí, mucho. La estoy leyendo en voz alta para que la oiga. Porque pienso, al igual que tú, que lo siente todo a pesar de estar en coma. ¿Sabes que le gusta?

Lo que la madre de Miha no le dijo es que la primera actividad que habían notado en ella esos días surgió al empezar a leerle la novela.

Restaurante La Consentida. Almería

«... Cada cosa sucede porque así debe ser. La vida está repleta de personas que pasan por ella. Algunas dejan una parte de sí en nuestra existencia y se llevan una parte de nosotros. Siempre nos arrebatan algo, o mucho, o nada..., pero de todas aprendemos una lección sencilla y a la vez magistral: que el destino es la prueba evidente de que si dos partes no son destinadas a estar juntas, a pesar de que luchen para conseguirlo, nunca podrán lograrlo». Fran Loga improvisó este pequeño discurso parafraseando a Borges. Miha, ¿por qué a ti?

—Puedes continuar leyendo.

La joven soltó los cubiertos y, limpiándose cuidadosamente con la servilleta, reanudó la lectura.

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

El cumpleaños de Louki. 2012

... Aquella noche salimos rápidos del Rococó. Dimos una vuelta por los pueblos limítrofes y acabamos en Almería capital. Cris actuó de cicero. Me sorprendió que conociera tan bien

la ciudad y sus pueblos cercanos. Cenamos en el centro. Unas cervezas en la taberna El Postigo, luego unas copas en la zona de marcha llamada “las cuatro calles”. Tuve la suerte de que aquella noche no fuera fin de semana, sino un día cualquiera, y no estuviera lleno de jóvenes de fiesta. Debería mirar el calendario de aquel año para saber en qué día cayó mi vigésimo cumpleaños. Acabamos la noche en Aguadulce, pueblo costero a poca distancia de la capital, con un puerto deportivo muy animado, sobre todo en verano. No recuerdo el nombre del pub donde estuvimos, solo que la terraza daba a la playa y que nos bañamos aquella noche.

«Corre, dale caña a esta moto. Quiero que el tiempo vuele. El mío se acaba», me dijo Cris. Y no la creí... ¿Por qué iba a creerla? «Corre, que ruja el motor... ¡quiero huir de Benahadux!». Toda la prisa que tenía era esa, huir de aquel pueblo que la estaba asfixiando. Como a mí lo hacía la ausencia de mis seres queridos.

—Para... Para la moto... ¡Que pares! ¿No me oyes?

Frené al final del Paseo, en la intersección de la Rambla.

—¿Qué quieres?

—Déjame pilotar a mí o no llegaremos nunca. Eres más lento que una carrera de caracoles.

—Calla, loca. Esta moto es intransferible.

—Esta noche cambian las reglas y muchas cosas.

Cris acarició la moto. Le habló. Metió la primera. «Agárrate fuerte», me dijo, y salimos derrapando de aquella calle solitaria de noche, pero que de día era el centro neurálgico de la ciudad.

La Ducati se acopló a Cris como si fuesen una misma materia...

La entrada al puerto deportivo de Aguadulce estaba a mano izquierda de la carretera nacional. Pero ella no frenó. Derrapó y acto seguido zigzagamos calle abajo hasta que tuvimos el mar enfrente. Paró la moto.

—Toma, llévala tú. Yo me bajo y voy andando. Espérame. No tardo.

Me dio el casco que llevaba y metí el brazo derecho en él. En mi cabeza empezaban a sonar señales de alarma. «Madre mía, en la que me voy a meter. Esta tía sabe latín. Pero ¿por qué no querrá que vaya con ella?».

Aparqué la moto y Cris estaba entrando en el tercer local, a unos cien metros más o menos de donde yo estaba. El entorno era bonito y me puse a dar una vuelta por allí. Me llamó la atención que las terrazas de los pubs dieran a la orilla de la playa; a esa hora de la noche todavía había gente jugando al vóley-playa y perros corriendo por la arena. No sabía por qué, pero había algo en el ambiente que no me daba buena espina. En una de las terrazas apareció Cris acompañada de un hombre alto, fuerte, con la cabeza rapada.

La llevaba cogida del brazo, en actitud amenazadora, pero ella no parecía amedrentarse. Mi instinto de superhéroe me pedía correr hacia ella y mi angelito bueno pedía prudencia. Pero no me paré a pensar demasiado.

—¿Tienes lo mío preparado? —pude oír que decía Cris.

El hombre asintió y se sacó del interior del pantalón un fajo de billetes. Empezó a contar y separó unos cuantos para ella.

—Toma. Tres semanas. ¿Correcto?

Cris contó por encima los billetes. Eran de 50 euros y calculó que habría unos 700 euros en total.

—Oye, que aquí faltan 200. —Y, conforme decía eso, intentó coger el fajo de billetes que a él le quedaban aún en la mano.

—¿Qué haces?

—No me jodas. No seas tan hijo puta, que sabes que lo necesito. No me habéis regalado nada. Es mi dinero. Me lo he ganado.

—O lo tomas o lo dejas, eso es lo que hay. Encima que nos dejaste tirados... Coge el dinero y lárgate de aquí ya. Que hay putas que nos salen más baratas que tú y dan menos problemas. —Ella le dio un bofetón y él se rio—. Me gustan las mujeres con carácter. Toma tu dinero. —Y le tiró los billetes al suelo—. Te los has ganado por puta. Si bajas la tarifa, me avisas.

Al oír aquello, sin pensar, me fui hacia aquel hombre para darle un puñetazo en la cara. No lo conseguí. Recibí yo.

Como intuyendo que le iba a preguntar por aquel dinero, me dijo que era el sueldo que le debían. Aquel pub había sido su último trabajo antes de irse al Rococó.

—¿Tienes hambre?

—No mucha —mentí, sintiendo aún el escozor en la cara.

—Te invito a cenar.

Cris me llevó a comer marisco a un chiringuito que estaba de moda.

—Son gambones de Garrucha, los mejores. Aprovecha, que esto no se come todos los días y menos en el Rococó.

Ambos reímos la ocurrencia hasta que nos dolió la barriga, quizá por la necesidad de liberar tensiones. Luego regresamos a por la Ducati para dirigirnos a una cala más escondida... más acogedora.

«Me relaja este lugar», me dijo. Y allí pasamos la noche.

El escritor mantuvo la mirada perdida mientras la joven terminaba de leer el capítulo donde se narraba la ficción de la noche de los cumpleaños. Una mueca de tristeza hizo acto de presencia. Miró a su acompañante e intentó forzar una sonrisa antes de proseguir con la historia real, la suya.

—... Le pregunté cómo había ido a parar al Rococó. La noté distante, o mejor dicho, ausente; o tal vez temerosa, como si fuese a ocurrir algún acontecimiento desagradable. Quise saber qué le sucedía, pero se calló de repente y eso me asustó. Miraba el mar y el reloj intermitentemente. Era la cuarta vez que lo hacía en apenas dos minutos y empezó a incomodarme. «¿Tú también estás nervioso o qué?», me preguntó. «No me pasa nada», le volví a mentir.

»Pero sí que me sucedía algo. Aquel día también era el cumpleaños de Miha y estaba jodido. *Molt futut*. Estaba convencido de que era una luchadora, de que iba a sobrevivir, de que todo tendría un final feliz. Y recordé unas palabras de mi padre mientras arreglábamos la Ducati: «Hijo, disfruta la vida. ¿Sabes la diferencia entre esta moto, mis relojes y nosotros? Pues que tienen repuesto, arreglo y solución. No lo olvides. Solo las personas no tienen recambio. Por eso debes valorar y agradecer lo que tienes».

»Miha siempre reía. Su risa era contagiosa, demasiado. Me contó que aprendió a reírse así de pequeña viendo películas antiguas, las clásicas de toda la vida. Lástima que no recuerde ni los títulos ni la actriz a quien imitó su risa.

»Cris me preguntó si tenía novia. Le contesté que sí, aunque estábamos dándonos un tiempo. Le mentí por tercera vez aquella noche. «No quiero volver a enamorarme», le solté de sopetón, como adelantándome a una pregunta que no se atrevía a formular. «Perdona, pero creo que eso no depende de ti. En temas del amor quien manda es el destino».

»La mandé a la mierda. Le dije que nadie era quién para imponerme lo que debía o no hacer con mi vida y cambié de

tema. Sabía que no encajaba en aquel lugar, que ambos nos encajábamos. Pero, como si estuviese hechizado, comencé a hablar de mí. Le hablé de mis padres, de mis amigos, de Lorena y Jordi.

La joven interrumpió la narración:

—¿Lorena y Jordi? Háblame de ellos. Si no te duele.

—¿Por qué crees que me dolerá? —El escritor rellenó de vino las copas, ella dio un sorbo a la suya—. Ve al capítulo 15 y sigue leyéndome.

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

CAPÍTULO XV

La noche maldita

Por entonces vivía en Barcelona. Lorena fue la novia de Jordi, mi mejor amigo. Era hija de un millonario industrial. Lorena tenía muchas manías y demasiados pretendientes con ganas de pasar por su cama. Sus padres le habían regalado un apartamento en la calle Pelayo porque quedaba muy cerca la universidad donde estudiábamos. Solían dormir allí los lunes, miércoles y viernes, que era cuando Lorena tenía clases, y así no tenía que desplazarse hasta el barrio de St. Gervasi, donde vivía. El resto de la semana apenas se veían. Esos días vivíamos en casa de nuestros padres. Los míos vivían en Casteldefels, cerca del mar. Lejos del ajetreo del Eixample.

Una noche, recuerdo que era martes y que llovía torrencialmente, Jordi nos pilló in fra-

ganti. Había estado toda la tarde arreglándole el ordenador a un amigo que vivía en la calle dels Tallers. Como estaba cerca del apartamento, se acercó para coger algo de ropa seca.

Nos gritó sacando toda la rabia que le generó aquella escena. Había sido conciso, demasiado directo, pero así era él. Luego silencio. Miradas llenas de rencor por mi parte y de vacío por la otra. El silencio duró un instante más de lo preciso, pero el necesario para comprender que nos había perdido. Lorena se dejó caer sobre el parque, se acurrucó entre las piernas y, con la cabeza entre las manos, se negó a comprender las palabras que llegaron a continuación: «No sé cómo he podido llegar a este extremo, pero te odio, Lorena. Me cuesta creer que una vez te quisiera».

Ella siguió en esa postura sin reaccionar; Jordi, en cambio, me chilló tratando de agredirme.

—Joder, Jordi, me ha manipulado. ¿Acaso no te has dado cuenta? ¿Acaso no comprendes que sufre al vernos tan unidos? Solo te quiere para ella.

Lorena sabía cómo hacerle daño y lo logró. Jordi, cada vez más alterado, no aceptaba mis explicaciones.

»Ha sido ella... Te lo juro... Nos hemos encontrado en el Fnac. Me había comprado un Sony Xperia... «Vamos a estrenarlo, que hace unas fotos muy buenas. Yo te hago de modelo». Bajamos al barrio gótico, estuvimos en la plaza del Rei bastante tiempo. «No entiendo por qué a Jordi no le encanta este sitio», le dije. Luego

hemos tomado un café. Me ha propuesto acercarnos al apartamento para descargar las fotos al Mac, y una cosa ha llevado a la otra, y... ¡No sé cómo me he dejado arrastrar!

—Claro, claro... Su coño era demasiado goloso.

Le di un par de hostias a Jordi que, en el fondo, me dolieron más a mí que a él. Este miró a Lorena mientras se palpaba el mentón, y le gritó: «Mira lo que has logrado, puta». Lorena sonreía para sus adentros. «Muérete, Jordi. Eres un muñeco, al igual que él. Dos niños de papá. Dos inmaduros».

Me marché dando un portazo que fue audible para todos los vecinos. Ajeno a lo que iba a suceder, me dirigí a dormir al chalet en San Cugat del Vallés. Llamé a casa para advertir a mis padres que no iría a dormir allí. Pero no pude hablar con ellos. La lluvia había encharcado la carretera haciendo perder el control a una furgoneta, en el mismo tramo por el que circulaba el BMW de mis padres, que se golpeó de frente. Esa noche maldita murieron las personas que más quería y perdí a mi mejor amigo.

Un mes después de aquello, llegaba a Rioja. La imagen de Jordi gritándome no lograba borrarla de la mente; juré que jamás me interpondría entre dos personas que se quisieran y también supe que tardaría bastante en confiar en una mujer.

Por las mejillas de la joven corrían dos lágrimas grises por el rímel. Se disculpó y dijo que iba al lavabo. Él esperó a que regresara para continuar.

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

Cumpleaños de Louki. 2012

... El tiempo se aletargaba en aquella cala. Cuatro horas permanecimos sentados en la arena. Charlando. A veces, solo mirábamos el cielo.

Cuando Cris se repuso de su aislamiento, comenzó a hablar de sí misma, de su pasado misterioso —demasiado para su corta vida—, de su presente también; en cambio no comentamos nada sobre el futuro. Y eso me puso en alerta. ¿Por qué no le daba importancia al futuro? ¿Es que no le interesaba? Más tarde comprendí el porqué: ella pensaba que no iba a tenerlo. Aunque sí que le llegó, tarde pero le llegó.

La joven volvió a pausar la lectura para realizar otra pregunta:

—¿Por qué creía que no tenía futuro?

—Puedes continuar leyendo. Luego te explico.

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

Cumpleaños de Louki. 2012

... Cris se levantó y empezó a quitarse la ropa. Serían las cinco de la madrugada, y solo estábamos nosotros allí.

—Vamos a bañarnos, tengo calor y quiero sentir el roce de las olas contra mi cuerpo. Vamos, tú también.

Y sin mediar más palabra quedó desnuda delante de mí. ¡*Collons!* Cómo engañaba la Cris. ¡Qué buena estaba!

Me desnudé y la seguí. El agua estaba un poco fresca, pero después de un rato dentro nos aclimatamos. Cris empezó a nadar de espaldas sin dejar de mirarme ni un momento, dejando ver sus pechos sobresaliendo del agua. Yo me iba acercando a pie. A cada paso que daba, ella se alejaba más. Luego dejó de nadar de espaldas y empezó a hacerle a crol. Comencé a nadar también. Cuando estuvo a mi altura se agarró a mi cuello cruzando sus piernas sobre mi cintura. «¡Fóllame! Fóllame hasta que me rompas el coño».

—¿Sabes que recuerdo aquella noche con todo lujo de detalles? La siento tan cercana que a veces pienso que nunca se ha marchado. —El escritor continuó con la versión real—: En el camino de regreso de Aguadulce por el Cañarete, Cris volvía a pilotar la Ducati. Oí el ruido del motor al subir de revoluciones. Adoraba ese sonido. A la salida del primero de los túneles, contemplé que el mar había dejado de estar en calma y sus destellos se asemejaban a gotas de agua bajo el brillo de la luz de la luna. Luego divisé la curva y una luz intermitente que se desplazaba de arriba abajo. Metros más adelante un guardia civil nos dio el alto. Su compañero estaba dentro del coche patrulla, sentado en el asiento del copiloto,

escribiendo algo en unos papeles. Cris soltó el puño derecho, la moto aminoró la velocidad y, cuando llegamos a la altura del agente, Cris abrió gas y le soltó: «¿A que no me coges?».

La Ducati rugió. Asestó un golpe de autoridad y huimos de allí bajo la mirada de un cielo que cada vez se estaba ennegreciendo más. Hasta que empezó a diluviar sobre Almería.

La joven iba pasando las páginas para intentar encontrar en ellas la versión de ficción correspondiente en la novela, pero no existía ninguna reseña. Comprobó que ya no había ninguna referencia más de aquella noche ni de los días siguientes.

Entonces comentó al escritor que tenía razón cuando dijo que eran muy pocas las referencias reutilizadas de la novela *Ocho luciérnagas en la oscuridad*.

—Técnica de elipsis, ¿verdad?

—No. En absoluto —respondió—. Quien quiera conocer el resto, que compre *Ocho luciérnagas en la oscuridad*; si es que queda algún ejemplar.

—¿Volviste a verlos después de aquel verano?

—¿A quiénes?

—A todos.

—¿Sabes que os parecís a Miha? —Evadió la pregunta con otra pregunta. Se estaba refiriendo a Cris y a ella—. Ambas sois altas, tú más morena y Cris más hija de puta que Lorena.

—Noto cierto rencor hacia ella. ¿Aún te duele?

—A Cris no puedo borrarla de mi mente, y mañana... mañana volveré a encontrarme con ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Cris está enferma. Salva ha sabido por el periódico que he venido a Almería a la presentación. Llamó a la editorial y le pusieron en contacto conmigo.

—¿Qué quiere? No será matarte, o parte de los beneficios... —rió para animar la conversación.

—Mi ayuda.

—¿Tu ayuda? ¿Qué le pasa? Entonces es que es volvisteis a veros...

—En el 2013, Cris y yo nos vimos varias veces más...

REDENCIÓN

Almería

[SALVA]:

Nuestro apartamento está frente a la plaza de San Pedro, es propiedad de Fran Loga. Al principio iba a ser cuestión de unos meses, mientras durase el nuevo tratamiento que el psiquiatra impuso a Cris.

Su última recaída, en octubre, me afectó más de lo que esperaba, y le llamé. Aproveché que iba a estar en la ciudad para presentar su novela. Le dije: «Fran, parece que hay un tratamiento nuevo, pero que no lo cubre la seguridad social. Es una clínica privada...». «¿Cuánto necesitas?». No necesitó más explicaciones. «El tratamiento son siete mil euros, y calculo otros tres mil para mi manutención. En total diez mil euros... tal vez algo más».

No pude seguir hablando; iba a comenzar a llorar de rabia, de impotencia... Como cuando era niño y oía a mi madre hacerlo mientras mi padre, borracho, le pegaba otra paliza... Maldije el que Cris me eligiera a mí, un pobre hombre sin porvenir, sin trabajo fijo... ¿Por qué no hice como Fran? Alejarme de ella, de ellos.

Fran Loga estuvo en silencio un minuto, meditando mi petición, sopesando muy bien sus opciones, y me propuso una oferta: «Te presto el dinero, los siete mil del tratamiento. Solo quiero que cada mes devuelvas lo que puedas. En cuanto al dinero de la manutención, no te preocupes. Te quedarás a vivir en el apartamento que tengo en Almería, y de paso te ocupas del mantenimiento de la Ducati. Cuando Cris salga de la clínica seguiréis viviendo en el apartamento el tiempo que sea necesario, hasta que la curación sea completa. Creo que a ambos os vendrá mejor vivir en la capital, que no en donde lo hacéis ahora. Por cierto, también me debes lo del traspaso del taller. Fuiste un gilipollas por no saber llevarlo y permitiste que se viniera a pique. ¿Y ahora cómo te ves? Y también lo del Rococó... Cris no cumplió su promesa de sacarlo adelante».

Le agradecí la ayuda, aunque a Loga no le importaba en absoluto tanta gratitud; apenas había usado la vivienda desde que regresó a Barcelona, después del accidente cuando iba al *Kassandra*. El apartamento está en la cuarta planta de un edificio de ladrillo color blanco, en pleno centro de Almería. Un piso pequeño, de unos 60 m², pero acogedor y decorado con buen gusto. Tiene dos dormitorios, uno con jacuzzi en el baño y un salón comedor con cocina americana. Cris dijo que era igual al que se recreaba en la serie *Friends*, y si lo dice ella, que era una fan de esa serie, pues ¡amén!

Habían pasado seis meses desde que Cris tuvo la última crisis, recién salida de la cárcel. Cuando regresó de la última de sus muchas escapadas, ya estaba destrozada mentalmente. Aunque al principio, con el tratamiento, los síntomas comenzaron a disminuir, noté que algo extraño le sucedía.

Quizás no fue buena idea trasladarnos a vivir al piso de Fran. Veía a mi mujer apagada, triste, como si esas paredes la estuvieran consumiendo por completo. Me prohibió citar ese nombre. Nunca más quería volver a escucharlo. Fran Loga, el hijo de puta que la traicionó.

Desde el principio a ella no le había entusiasmado la idea. No era la primera vez que pisaba aquellos suelos de parqué, ni que las paredes pintadas a gotelé la veían desnuda más veces de lo que yo, su marido, la he visto en los años que llevamos casados. Pero fue en aquel piso donde dijo oír una voz que, al oído, le repetía la misma idea.

LA DECISIÓN

Día de la presentación. Almería

[SALVA]:

Ambos sabíamos que Fran ya estaba en la ciudad para la presentación de su nueva novela. Las palabras de Cris, desde el sofá de nuestro salón, preguntándome qué pensaba hacer con respecto a él, me llevaron a recordar el día en que tuve que tomar aquella horrible decisión, de la que me sentiría arrepentido toda la vida.

Fue hace cuatro años, en el 2013. El verano ya llegaba a su fin. Hacía un mes de la llamada de Loga avisándome del embarazo de Cris. Me cabreó mucho la noticia. Tal vez me molestara más la forma en que lo hizo. Una simple llamada de teléfono. Le pregunté si podría ser suyo. Se enfadó, me juró que él no se acostaba ni se veía con Cris; me dijo: «¡Por Dios, Salva! Somos amigos y es tu novia. Aunque no la respetes, yéndote a clubs por las noches, yo sí lo hago. No me meto en medio de una pareja. Aprendí la lección hace tiempo». Luego me dijo que regresaba a Barcelona. Que estaba cansado y que quería volver a donde una vez fue feliz. Me

invitó a una cerveza en el Rococó. Estuvo toda la noche callado. Esa fue la última vez que lo vi hasta la muerte de Rice.

Si algo he aprendido de él, es que ni los sueños ni las ilusiones son los más idóneos para obviar un pasado que siempre regresa, aunque sea para destruir una amistad o un amor. Un compendio de actos que obligan a seguir caminando sin atreverse a echar la vista atrás. Conocía a mi amigo, y ese silencio y su huida solo significaban una cosa: protección.

A veces cuesta tomar la decisión correcta y optamos por la menos idónea. Luego, queda esperar para que los efectos colaterales nos dejen indemnes, que no nos atosiguen los remordimientos durante el insomnio. Noches en las que una sensación de vértigo acorrala tu cuerpo imposibilitando huir de ese lugar.

Conocí a Cris en el *Kassandra*, el prostíbulo de moda. Eran años de bonanza, cuando la construcción estaba en auge. Trabajaba de *yesaire* y ganaba casi los dos mil quinientos euros. Un sueldo que me daba para vicios y placeres. También me sacaba un extra reparando motos antiguas como hobby.

Las habitaciones del *Kassandra* son rojizas. Allí todo es rojo. Las paredes se difuminan entre lamentos y suspiros marcados por una sensación de apnea que arrastra a un pánico que parece flotar por los pasillos. Luego, con el paso del tiempo, se la presenté a un conocido empresario hostelero, y la contrató para su nuevo local. Necesitaba una cara nueva y vio en Cris la oportunidad perfecta. Así fue como Cris salió del *Kassandra*. Luego, tras pasar por varios locales, llegó al Rococó.

Nunca comprendí que, para poder sobrevivir a ese mundo, Cris haya tenido que crear un personaje como coraza. Alguien que reciba los golpes para que no le duelan. Así que, desde que abandonó Terrassa, se convirtió en Sugar. Y si alguien quería hacerle daño, Sugar la defendería y muy poca gente conocería ya a la verdadera Cris. Mi amigo tuvo la desgracia de jugar y provocar a Sugar.

Sugar, construida como un personaje secundario con todos sus matices, llegó para defender a Cris y ese personaje se asentó por completo, alimentándose de mentiras, odio e infidelidades, tantas como cupieran en su habitación y estuviesen bien remuneradas. La dominó de tal manera, y ella se sentía tan cómoda con su alter ego, que llegó a quererlo más que a nadie en el mundo. Pero me crucé en su vida, quizás cuando más lo necesitaba. Conmigo estaba tranquila y Sugar pasaba a un segundo plano. Volvía a ser ella, la que confiaba, amaba y lo entregaba todo hasta que... Y ahí empezó su declive.

Con el paso del tiempo, se consigue sanar las heridas superficiales, pero no las profundas. Cris aceptó que, para odiar, Sugar era la mejor y más honrosa manera de luchar, pero que tampoco con ella lograría amar. Una lucha que la ha llevado a perder la cordura, a ser tratada en salud mental. Lo que comenzó siendo un trastorno de la personalidad ha terminado en una esquizofrenia muy fuerte de la que no se recupera. Y es que desde que abandonó su Terrassa huyendo de su pasado, Sugar ha suplantado por completo a una Cris que terminó destrozada.

Si echo la vista atrás, sé que he cometido el error del que huía. ¿Por qué me había vuelto a suceder? A pesar de todas

las traiciones y putadas de Cris, me casé con ella esperando que sentara la cabeza.

«Puede sobrevivir sin él, y eso es lo que más le duele», me dijo Sugar en una ocasión, años después. Pero descubrí que a pesar de que Cris/Sugar se esforzaba en demostrar lo contrario, el escritor seguía amarrado a ella. Y temía que llegara el día en que el tiempo me diera la razón; porque mi amigo se había acoplado como los Chester que se colaban sin permiso en cada poro de nuestra piel, mezclándose con el almizcle que dejaba el poso del vodka que sujetaba en su mano, vaso marcado del mismo color del carmín que da vida a los labios de Cris... la mujer que amo.

—Ella no le quiere, ¿sabes? —me dijo Sugar, acariciando la palma de mi mano derecha. Pero ¿quién era ella para saber eso? Si no conocía a ninguno de los dos—. Te quiero, hazme caso. Te quiero, peluche —me repitió con la misma asertividad y seguridad de la vez primera.

Y, dando la última calada al cigarrillo, cogí con fuerza el vaso y lo estrellé contra la pared. «¡Yo quiero que me quiera Cris...! ¡¡¡No tú!!!», le grité.

Ella se asustó; yo la miraba con rabia, y se vistió. Le dejé sobre la mesita de noche el dinero que me había pedido, doscientos euros, y salí cabizbajo de aquella habitación, mientras que Sugar se tapaba con la almohada. Salí maldiciendo a mi amigo. En la calle busqué el número de teléfono de Sergei. Cuando Sergei contestó, solo le dije: «Hazlo».

La noche siguiente, “un extraño” embistió la Ducati 916 que conducía Fran. Horas después de que Cris acabase su turno en el Rococó, “otro extraño”, o quizá el mismo, entró

en su piso. Le dio tal paliza que la mantuvo una semana ingresada en Torrecárdenas. El intruso dejó el piso revuelto para que pareciese un robo. Luego simuló haber forzado la cerradura de entrada y colocó una bolsa con cocaína entre el desorden. La Guardia Civil encontró la droga mientras levantaban el atestado del robo. Cuando le dieron el alta médica a Cris, se celebró un juicio rápido y la condenaron a tres años de cárcel por posesión de estupefacientes.

También perdió el bebé que esperaba.

LA VIDA DE CRIS

Primeros años. Terrassa, Barcelona.

[CRIS]:

Nací en Terrassa. Mi padre, Teodoro García, trabajaba en el turno de noche de una empresa textil. Mi madre vendía lotería por las calles y limpiaba casas por horas.

Fui un embarazo no deseado, lo sé. Mi padre siempre tuvo dudas acerca de la paternidad. El turno de noche era duro y cuando regresaba a casa eran escasas las veces que coincidía con Virtudes, mi madre.

Ella le hizo creer que fue fruto del éxtasis durante el bautizo del tercer hijo de su hermana Angustias. Aquel día mis padres bebieron, bailaron y, como era un acto familiar, fingieron llevarse bien. De todos era sabido que estaban pasando por un bache en su matrimonio.

De mi madre se comentaba que, a media mañana, ya estaba borracha como una cuba. Había días en que o perdía la recaudación de la lotería vendida, o se la gastaba en copas de coñac en el bar del Onofre, cuyo propietario se estaría beneficiando de los encantos de un cuerpo al que el paso del tiempo iba haciendo mella. Ya no era aquella jovencuela rolliza, de ojos brillantes y labios carnosos que, junto a

unos pechos y un culo bien puestos, llevaban de cabeza a los hombres hasta que un día se cruzara con Teodoro, “el asmático”. Se casaron y al mes y medio, cuando ella notó la primera falta, el ginecólogo le confirmó lo que se temían. Estaba embarazada. Pero ese bebé no era yo. Ese lo perdió al cuarto mes, tras caerse por las escaleras una noche que regresaba borracha.

A raíz de aquel aborto, la relación entre ellos empezó a enfriarse aún más. Mi padre alargaba la jornada laboral si era necesario, llegando incluso a trabajar en turno doble, con tal de no llegar a casa y aguantar a una cada vez más neurótica esposa. Por eso la noticia del segundo embarazo cayó como un auténtico jarro de agua fría. Mi madre no estaba en condiciones de sacarme adelante. Se obsesionó con que había sido un castigo del Gran Arquitecto del Universo, como mi padre llamaba a Dios.

Vine al mundo un día muy caluroso. «¡Vaya regalo del cielo, ¿eh?!»; «será una broma, ¿no?», contesto siempre cuando alguien me hace el dichoso comentario. Que viniera al mundo porque una noche mi padre borracho violó a mi madre después de pegarle... No veo la gracia divina por ningún lado.

Mi madre, desde el principio, no aceptó de buen agrado a ese ser que durante nueve meses había estado creciendo en su interior. Fue mi padre quien, en contra de lo que todos pensaban, se hizo cargo de mí.

La noche de mi décimo cumpleaños llamaron desde la fábrica para decirnos que Teodoro había sufrido un paro cardíaco, falleciendo en el acto. Mi madre me obligó a comerme la tarta. Dijo que le había costado un dineral y que

no iba a desperdiciarla. Llamó a un par de amigas del bloque de viviendas donde residíamos para que bajaran a casa a celebrar la fiesta de cumpleaños. Del colegio no acudió nadie, apenas me relacionaba con mis compañeros fuera de las cuatro paredes del aula. Una tarta de chocolate con merengue, diez velas blancas y un escueto “felicidades”. Fue la tarta más salada que recuerdo haber comido. Y la última vez que celebré mi cumpleaños.

Tras la muerte de mi padre, mi vida se convirtió en una montaña rusa. Mamá cada vez se aferraba más a la bebida y a los hombres. Llegué a conocer a cientos que circulaban por aquella casa. Algunos de ellos, al verme agazapada en el sillón de la salita, me revolvían el pelo y me ofrecían algún caramelo.

Cuando cumplí los catorce, mi madre consintió que un marinero americano abusara de mí, mientras que ella, borracha, lloraba en el portal. Veinte minutos después, el americano salió a la calle y le dio quinientas pesetas. Yo no lloré. Solo miraba a un punto inexistente de la habitación, a uno que estuviera muy lejos de allí. Aquel marinero había llegado más lejos de lo que acostumbraba a llegar mi padre...

Ese día me marché de casa y comencé un deambular inmerecido, a veces sin más compañía que las estrellas, sin más manos que me consolaran que las de señores mayores que me invitaban a comer a cambio de dejarme tocar.

Mi madre tampoco hizo por buscarme. Los vecinos denunciaron el caso a la Policía. Me localizaron e internaron en un centro de menores. Pero escapé a los dos años. Y una noche conocí a un camionero en una gasolinera; se ofreció a sacarme de Terrassa a cambio de una mamada. Accedí al

instante... y así fue como llegué a Almería, donde me busqué la vida en bares y locales frecuentados por camioneros, pues sabía que ese gremio suele frecuentar a las prostitutas, y pagaban bien.

Una de esas noches conocí a Salva, un joven albañil que se enamoró al momento de mí. Después de la vida que yo había llevado, que alguien se enamorara de mí me pareció tan tierno como ingenuo.

Club Cassandra. Almería. Finales del 2011

Mientras apuraba el último trago del Cardhu, ya había decidido que aquel muchacho de aspecto despistado y rústico sería mi próxima víctima. En cierto modo me recordaba a mi padre. Lo despreciaba desde que, a mis ocho años, experimenté el sinsabor de un progenitor maltratador, que disfrutaba acariciándome, jugando con sus dedos entre mi sexo, aunque sin llegar a penetrarme.

Manipulé a aquel muchacho desde el primer minuto en que nos conocimos. Le vendí la moto bien vendida y el ingenuo cayó en mis redes. Salva me buscó trabajo de camarera en el club de un empresario que regentaba varios locales de diversión, así como algunos de los pubs de moda de Almería. Tampoco fue difícil convencerle. Puedo presumir de tener un cuerpazo sin aparentar la edad que tengo. Además, sé que emana ese don que me hace especial y hechizante a los ojos de los hombres. El don de la seducción, el estigma de la destrucción, guiados por mis ojos verdes; meses más tarde el propietario decidió aprovecharse de ello y me sacó al otro lado de la barra.

Así que con un carnet de identidad que falsifiqué, más que nada para evitar algún registro de la Policía, empecé a frecuentar el mundo de la noche, con sus peligros y sus alegrías. Hasta que me encontré en el sitio equivocado con la persona equivocada. Sin duda un error. Vivía en un apartamento de apenas cuarenta metros cuadrados, pero suficiente para mí. Una cómoda cama, siempre deshecha, y botellas vacías por todos lados. Lo necesario para realizar el trabajo, cobrarlo y salir a buscar al siguiente. Bebía demasiado. Tanto que apenas daba tiempo a que los cubitos se derritieran. Solía beberme las copas en dos tragos. Pensaba que de esa manera el ardor del whisky entrando al estómago lograría aplacar los nervios. Y borracha pienso menos en la maldita vida que me ha tocado.

A veces, llegaba al apartamento tan borracha que despertaba en el cuarto de baño empapada por mi propio vómito. Cuando no, solía salir a la terraza y enfocar la cámara hacia otros sitios para inmortalizar cualquier cosa que resultara interesante. Buscaba un objetivo —que solía ser el cielo— y me aseguraba de que nada se interpusiera entre nosotros. Ni el contorno de una casa, ni la copa de un árbol, ni la silueta de una montaña lejana... Podía parpadear, por supuesto, e incluso desviar un momento la cabeza si fuese absolutamente necesario, pero enseguida volvía a esa concentración que ya formaba parte de mi forma de ser. Si algo interfería en el momento de disparar la foto, me detenía y volvía a esperar el momento.

Cumplo condena, como la mayoría de las reclusas, por tráfico de drogas, calificado como delito contra la salud pública.

Esa droga no era mía, nunca me he drogado. Ni siquiera he probado la puta marihuana. Pero alguien, algún maldito hijo de puta, tomó mucho interés en involucrarme.

Mientras escribo esto, me estoy obligando a repetir esas palabras que me dice diariamente Nicolt, mi compañera del club de lectura: «No hay que derrumbarse, nada más lejos, hay que seguir luchando, nunca pararse. Hay demasiada maldad y sufrimiento en este mundo. En la cárcel no te sirve ni la melancolía ni la desmemoria, y mucho menos ser buena persona».

Los primeros días han sido muy duros. No entendía qué hacía aquí. ¿Por qué yo? La cárcel siempre la he imaginado como el lugar donde la soledad es la única en quien confiar, donde el temor está más que justificado y cada rincón no te da el amparo para llorar.

Me cuesta conciliar el sueño y paso mucho frío. Pero cuando logro dormir me despierto sobresaltada ante cualquier ruido y con el cuerpo bañado en sudor. Entonces paseo por mi celda, otras veces me agarro a los barrotes intentando poder traspasarlos para huir de aquí. Mientras espero a que mis latidos se estabilicen me pongo a pensar en Fran Loga. ¿Qué hará? ¿Con quién estará?

Nunca he tenido buenos sueños, ni de niña, y menos de adolescente. Solo tengo pesadillas. Sueño con una tarta de nata con diez velas que permanecen encendidas porque no hay nadie para apagarlas.

No sé por qué, pero siempre que hay un registro corporal me toca. Me obligan a desnudarme. Me siento usada.

El día a día transcurre con normalidad. Te pasan cosas ordinarias y de vez en cuando extraordinarias. Trabajo en el supermercado, y por las tardes soy la coordinadora del club de lectura. También he comenzado los estudios de Psicología por la UNED.

A Nicolt la apodan “la Gardner”, en referencia a que es el animal más bello del mundo dentro de estos barrotes y muros. Aunque en nada se parece a la actriz. Solemos discutir qué diferencia hay entre la libertad y el mal. Todas las internas defienden que sufrieron un rato de locura, una equivocación que están pagando obligadas a regenerarse durante un tiempo que no debe ser definitivo. Aunque la vida aquí dentro pasa tan lenta que, a veces, sí pensamos que es definitivo.

Ni Nicolt ni yo tuvimos dinero para pagar un buen abogado. El mío fue uno de turno, además de feo era gilipollas. El fiscal se lo comió con patatas, vino y tiramisú de postre.

A veces, siento cómo el miedo eriza mi piel. Estoy en tensión a cada puta hora. Es cierto que realizo muchas actividades para que el tiempo se pase lo más rápido posible, pero en este lugar a la más mínima te están jugando alguna mala pasada; como la del otro día cuando me pegaron en las duchas por defender a Nicolt. Pero no me importa, soy así. No soporto las injusticias, como las causadas por Fran Loga. Todo en él es un dolor atrapado en un gran bloque de hielo, que quema al tocarlo. Pero, a la vez, es liberador su tacto.

De Fran Loga sólo puedo decir que intenté llegar hasta él a través de la única fisura que creí detectar en su interior. Él

está y no está. Y eso me duele. Pero, incompresiblemente, es a lo que me aferro para sobrevivir a diario.

Debido a unas circunstancias que se escapan a mi control, he dejado de pensar que soy buena persona. La felicidad ha dejado de ser una virtud donde los sentimientos han pasado a ser una montaña rusa.

A Nicolt le he cogido cariño. Bastante. Le he hablado mucho de Fran Loga. Le quise hacer ver que él era el culpable de mi actual situación, y ella, demostrando una mayor lucidez, a pesar de su juventud, me dijo: «Quien debe arreglar tu vida eres tú misma. De nada te sirve buscar culpables, ni atiborrarte a pastillas o alcohol, ni alimentar el odio. Busca la causa, arráncale el dolor y entonces estarás curada».

En el club de lectura tenemos mucho tiempo para meditar, para leer buena literatura. Nicolt me ha introducido en el mundo de los Poetas Malditos. Estudió dos años de Filología y Literatura Francesa. A mí me encanta RIMBAUD, y a ella BAUDELAIRE. Aunque ya los conocía por referencias de Fran Loga.

A Nicolt le he prestado el libro que Fran Loga escribió a comienzos del 2013. El que se suponía que era nuestra historia, el que me regaló la noche en que me marché por primera vez de Benahadux. *Ocho luciérnagas en la oscuridad*. ¡HIJO DE PUTA! Libro que le pedí a mi abogado en una de sus escasas visitas, y creo que fue lo único bueno que consiguió por mí.

Por las noches, antes de dormirme, leía unas páginas, y pensaba que un día Fran Loga se presentaría junto a un abogado de los buenos, de los de verdad, para sacarme de aquí alegando que mi caso había sido sobreseído por falta de pruebas.

Pero conforme avanzaban los días me daba cuenta de que estoy aquí por no ser buena persona. Y aparecen los miedos en forma de dudas al no comprender nada, no aceptar donde estás, no saber qué hacer o que deberías hacer. Y solo lloras, no importan los sentimientos, solo los hechos que los causaron; y entonces lloras con más rabia. Me prometí ser fiel a mis principios. Fidelidad absoluta, y ahora comprendo que solo era una virtud sobrevalorada. Antes tenía tres normas muy sencillas: ligar, follar y no involucrarme. ¡Maldita sea!, esta última la olvidé.

Dicen que los humanos tenemos cinco sentidos. La otra tarde yo debí de haber activado el sexto, porque de no haber sido así estas palabras las estaría escribiendo otra persona, con toda seguridad Nicolt.

El sexto sentido que te hace magnificar los actos, los detalles. Un sexto sentido que nos hace ver más, oír más, volvernos más audaces, más hijos de puta, que nos hace comprender lo imperceptible en las intenciones humanas.

Y eso sucedió la otra tarde, de nuevo en las duchas. Aunque en un artículo leyera que eso de las duchas era una leyenda urbana típica de las películas de Hollywood. Que en ninguna cárcel española hay pastillas de jabón, sino botes de gel. Dos rumanas gitanas estaban incordiando a Nicolt. Una de ellas, la definiré como una asquerosa por ser educada, había intentado ligar conmigo en alguna ocasión. Incluso llegó a pasar su lengua por mi cuello durante una comida. Ese día no comí.

Un grupo de unas ocho o diez internas las jaleaban. Nicolt temblaba en el suelo mientras el agua fría le caía encima y “la asquerosa” la pateaba.

El sexto sentido me hizo empujar a una reclusa que chocó de frente con una de las agresoras. Otra reclusa se giró buscando a la causante del empujón. Me miraba fijamente cuando hice el gesto de señalar a otra. Di dos pasos atrás, me quité de la línea de acción. La reclusa injustamente acusada cayó al suelo por un puñetazo y en cuestión de segundos se lio una buena trifulca. Tres pasos más necesité para arrastrar a Nicolt hacia el exterior de las duchas.

A partir de ese día, Nicolt y yo fuimos víctimas de una persecución sin tregua por parte de las rumanas gitanas y de las otras dos implicadas. Dos palizas más recibí por proteger a Nicolt. Siempre iban a por ella. Hasta que una mañana la suerte cambió de bando y le abrí la cabeza contra el muro del patio a una de ellas, no a “la asquerosa”, pero acudieron en su ayuda dos compatriotas más y me dieron la del pulpo.

«Venganza, ¿para qué?», me decía Nicolt. A pesar de las amenazas recibidas, no dejaba de pasear por el patio. Lo hacía como si no me doliese cada centímetro de mi cuerpo, y a pesar de las molestias que sentía quería aparentar que todo iba bien, quería demostrar que yo era más fuerte que aquellos muros.

Aquellos paseos al aire libre me ayudaban a huir por unas horas de las tres paredes de mi celda, aunque ni la brisa ni el bendito sol lograban mitigar el dolor, no ya el físico sino el mental. Y la imagen de Fran Loga aparecía en todos los sitios donde miraba. No lograba borrar las mentiras de sus palabras, los motivos de mi amor por él, la esencia de sus besos, ni la verdadera razón por la que lloraba por él. Ambos lloramos a escondidas. A pesar del daño que me

hizo, no podía odiarlo. Lo quiero y ahora mismo es lo único que me ayuda a intentar sobrevivir.

Días después, nuestras enemigas propusieron firmar una tregua. Ellas dejarían en paz a Nicolt, a cambio de convertirme en su juguete favorito.

La cosa se calmó bastante; solo debía dejarme acariciar y besar.

Siete meses después ingresó una presa embarazada de seis meses. La imagen que me causó verla me hizo recordar al bebé que perdí a causa de la paliza que un malnacido hijo de perra me dio.

Aquella nueva reclusa logró que un dolor que llevo guardado volviese con fuerza. Y de nuevo Fran Loga tomaba protagonismo... y nuestro hijo. Porque aquel hijo que perdí era suyo. Y créanme, quería con todas mis fuerzas a ese hijo. En él puse mi esperanza de poder cumplir mis sueños junto a la persona que amaba. Y ese fue el mayor error de mi vida, creer que Fran Loga sería el bálsamo, la solución de mi asquerosa vida. Pero él tenía otras perspectivas en la cabeza, como follarse a toda aquella que se le cruzase en su camino.

Durante tres meses, en el club de lectura hicimos un taller de escritura creativa. La idea era que fuésemos capaces de llegar a escribir una historia de unas cincuenta páginas. Comparto estas líneas, donde imaginé a Nicolt trabajando en un burdel de antaño, de estilo francés. Cuenta la vida de una prostituta que acabaría enamorándose de una compañera. Esta historia tiene mucho de mí, e incluí a Nicolt pues hasta ahora ha sido la única amiga que he tenido.

... El tiempo que pasaba en el club lo hacía pensando, deseando que llegara esa estrella que se le resistía. Su estrella. Ella siempre sujetaba un botellín de cerveza con el dedo índice y medio, bebiendo a sorbos lentos con la mirada perdida. Siempre rehuía relacionarse con otras chicas, a excepción de una. Una pelirroja de piernas larguísimas, despierta y de rostro angelical con unos carnosos labios. Cuando coincidían en las tediosas y largas jornadas laborales —durante las horas en que sus clientes habituales solían representar su papel de esposos perfectos— se sentaban en dos viejos taburetes de roble al final de la barra, donde la escasa luz no daba de manera directa. Aquel sitio se había convertido en su rincón desde el primer día que cruzaron palabra.

No recordaba bien cómo empezó su amistad con ella. Con toda probabilidad habría comenzado emborronada por el alcohol de un mal día. Ella, la chica de piernas largas, no juzgaba, no había sido nunca hostil con ella, ni tampoco había intentado hacerse la simpática. Simplemente, Jolene —ese era su nombre— se había acostumbrado a su tranquila presencia, a estar junto a la dueña de aquella boca carnosa y cálida.

—Te comería esos morros ahora mismo —le dijo un día Jolene con voz pastosa y ojos entornados.

Su cabeza no lograba mantenerse erguida. Una risa quedó frenada contra sus dientes mientras sujetaba su copa. Justo antes de que su vista se nublara por completo, pudo verla girar su taburete hacia ella mostrando una amplia sonrisa sincera.

—Me parece que no va a ser posible. Por lo menos, aquí dentro.

Nicolt cumplió su condena antes que yo. Le regalé aquel libro que ya nos sabíamos de memoria. Nos habíamos protegido tanto que nos ayudó a sobrevivir. Nos juramos fidelidad mutua hasta los últimos días de nuestras asquerosas vidas.

—Mataría por ti, si fuese necesario —me dijo Nicol. La noche anterior a su puesta en libertad la dejé que saboreara mis labios. A cambio le pedí un favor.

LOS DÍAS EN COMA DE FRAN LOGA

Restaurante La Consentida. Almería

—Durante el 2013, Cris y yo nos vimos varias veces más. A pesar de estar casada con Salva, de vez en cuando nos regalábamos una noche especial. Creamos el juego de la rosa negra. Siempre que recibiéramos una, debíamos dejarlo todo y acudir a un lugar concreto, que solo nosotros conocíamos. Una tarde me la encontré en un pub. Llevaba bastante rato esperándome. Le dije que se marchara a casa porque la había visto varios días seguidos subiéndose en un coche de color negro con su nuevo ligue. Dos meses y medio después coincidí con ella en la puerta de la tienda de manualidades que había junto a su casa. Me cogió la mano y la acercó a su vientre. «Vas a ser tite», me dijo. «¿Tite o padre? ¡O vete a saber de quién es...!». «Eres un hijo de puta. Tranquilo, no es tuyo. No sé si es de Salva o de mi nuevo amigo».

»Lo llamé y le conté lo sucedido. «Bien, entiendo. Gracias». Me colgó el móvil y no supe de él hasta un mes después. Mañana espero verles. Los he invitado a la presentación oficial en el auditorio Maestro Padilla. El evento de esta noche ha sido una presentación especial. Por cierto, ¿cómo te has colado?

—Participé en el sorteo.

El escritor eludió mencionar que aquella noche de la “buena nueva” se acostó con Cris en su casa. Después de hacerlo la segunda vez, se vistió y por reflejo —o quizá por rabia— le arrojó un billete de cincuenta euros. Condujo la Ducati en dirección al Kassandra. Necesitaba ver a Nastia, hablar con ella. Cris quedó maldiciendo a gritos. Salva había estado bebiendo y los vio llegar al piso. Aguardó varias horas en el portal hasta que, cansado de esperar, se marchó.

—... Esa noche un coche me sacó de la carretera mientras iba a ver a Nastia. Salí volando varios metros y me golpeé muy fuertemente la cabeza contra el asfalto. Cuando me so-correrieron ya estaba en coma. Me mantuve en ese estado tres días. Tres días en los que estuve con Miha. Tres días de los que no quise regresar...

Hospital de Torrecárdenas. Almería, 2013

Miha me despertó echándome un poco de agua por la cara, como cuando éramos niños.

—¿Y tu bici? —le pregunté al no verla por ningún sitio.

—No lo sé. Sabes que me daba miedo. Cada vez que me subía a ella, caía y me hacía mucho daño. La dejé hasta olvidarla en algún rincón de la casa... hasta que un día desapareció.

Me quedé sorprendido por esa noticia, porque soñaba con ella montada en esa vieja BH roja. La veía pedaleando muy deprisa y sin caerse. Era muy cómoda, nueva y brillante, con ese aroma de objetos nuevos mezcla de cauchos

recién hechos y metales brillantados. Las ruedas se deslizaban silenciosas; las llantas rodaban con sus niquelados radios bien calibrados; el manillar se adaptaba a sus manos como guantes; el sillín era tan blando que apenas lo sentía, y el muelle que lo sujetaba amortiguaba las irregularidades; los pedales y las cadenas, bien engrasadas, se movían. Con tanta comodidad daba la sensación de que volara, sobre todo cuando mantenía los pies quietos. Y de pronto ya no estaba la bicicleta, volvía a estar escondida a su vista y sus miedos. Nos vimos planeando sobre el acantilado; la brisa nos acariciaba la cara. Al fondo, el mar. Brillaba el metal bajo la luz del sol. Miha extendía los brazos para que el aire la abrazara.

Y así pasé mi primer día con Miha en su mundo de sueños.

Al día siguiente estábamos los dos jugando en su habitación. Recuerdo aquella imagen del momento en que descubrimos a Watt. Miha tenía un armario de dos puertas, de esas que por dentro tienen un espejo de cuerpo entero cada una, y al abrirlas nos devolvían el reflejo el uno al otro, por delante y por detrás, miles de puertas reflejadas que se pierden en el infinito. A Miha le gustaba jugar con esos pasillos larguísimos de reflejos, moviendo las puertas a los lados. En uno de esos movimientos me pareció ver el reflejo de un niño de nuestra edad, quieto, serio. Solo fue un segundo, pero no estaba muy seguro; al repetir el movimiento el chico estaba en el primer reflejo frente a mí, y el de Miha ya no estaba.

Di un respingo del susto y tropecé con la cama cayendo sobre ella. Miha, sorprendida, se me acercó y me tocó la espalda.

—¿Qué ha pasado? Te has puesto blanco...

—Nada, es que... ¿Tú lo has visto?

—¿A quién? ¿Al ángel?

Ese día apareció el cuaderno de la tapa azul que uso para escribir. Es mágico, tiene principio pero no fin, cuando creo haber llegado a la última página siempre aparece otra en blanco para que pueda seguir escribiendo.

Al tercer día, Miha me dijo que ella se quedaba con Watt, porque le había prometido enseñarle el Universo. Los vi alejarse cogidos de la mano, volando hacia el cielo hasta que desaparecieron de mi vista. Y entonces desperté del coma.

Las secuelas físicas de aquel accidente aún perduran. Hay días en los que no recuerdo dónde he estado, qué he hecho o quién soy...

Restaurante La Consentida. Almería

Terminaron de cenar. El escritor pagó la cuenta y salieron a la calle. Comenzaron a pasear en silencio, caminando hasta la plaza de San Pedro, donde vivía la joven, y esta le invitó a subir.

—¿Tomamos una última copa?

—No tengo costumbre de follar con desconocidas.

—¡Ah...!, es verdad. Llevamos juntos varias horas y no me he presentado. Me llamo Nicolt. *Pleased to meet you.*

—Tampoco te lo he preguntado.

—Y sí, también quiero follar.

Los cuerpos del escritor y de Nicolt gozaban sudorosos en la cama. Él llevaba la iniciativa bajando por su cuerpo para lamer una entrepierna sonrosada y rasurada, que ella ofreció sin censuras. Lamió y mordió un clítoris demasiado sensible. Ella le buscó los labios para besarlos y los mordió hasta hacerlos sangrar. Entonces la puso a cuatro patas sobre la cama y jugó a ser Marlon Brandon.

SEGUNDA PARTE

LA PRESENTACIÓN PRIVADA

«Contemplad la flor que hermosa luce hoy, pues esa
misma belleza mañana estará marchita.»
El club de los poetas muertos

Tres horas antes. Almería

En la calle se respira serenidad... No está vacía, pero sí en silencio. Las personas pasean sin apenas levantar la cabeza. Pasan a escasos centímetros las unas de las otras y, a pesar de ello, caminan con paso firme como si un ser invisible guiara sus pasos para no chocar. Si no logramos conseguir lo que más anhelamos en la vida es debido a dos cosas: a que nos han clonado o a que estamos en el mundo equivocado.

El escritor, Fran Loga, es el doble de Marlon Brandon de joven. Espera no llegar a serlo también de viejo. No soportaría tanto deterioro físico. Ya habrás deducido que Louki es Fran Loga como protagonista en *Ocho luciérnagas en la oscuridad*. Al igual que él, llegó a hacerse un seguro de vida debido a sus brotes suicidas. ¡Vaya tontería! ¿No crees?

Cris en absoluto se parece a Natalie Wood. Aunque Fran Loga disfrutaba molestándola, diciéndole que si se pareciese a Natalie quizás lograría enamorarla. Cris se llama igual tanto en la vida real como en su personaje de *Ocho luciérnagas...*

El tercer personaje de su novela, Platón, cumple el rol de ser el amigo común. Su nombre real es Salva, y ¿lo adivinas?, es clavado a Sal Mineo.

Imagino, lector, tu cara de asombro preguntándote si tienes entre manos una alegoría de *Rebelde sin causa*. Porque, al igual que en la película, esta historia transcurre de noche. El azar quiso que los tres protagonistas se conocieran de esa manera en momentos distintos. Y estaban alegres como si celebrasen algo importante, quizás un acontecimiento.

Fran Loga, durante el acto especial para los premiados en el sorteo, lee un capítulo que ha elegido al azar de su segunda novela:

... «No sé cómo me he podido manchar de café y de tinta negra», pienso mientras espero el autobús, que he vuelto a perder sabiendo que el próximo llegará en una media hora. Busco en la bandolera alguna toallita quitamanchas. Las gotas de café han caído junto a la bragueta y he tenido suerte, porque las de tinta se alinean a la altura de la pernera derecha de mi pantalón marrón de explorador. Por eso tal vez la mancha de café pase más desapercibida en cuanto seque. Mientras, leo un libro que ya sé de memoria: *De repente la lluvia*.

El siguiente autobús llega puntual y completo; la gente se agolpa en su interior. Como siempre, me toca quedarme de pie al lado del conductor. Algún día haré como don Cosme, quien se abría paso a codazos y muletazos y nadie protestaba.

El autobús arranca de una tremenda sacudida y empiezan a desfilarse cientos de cosas que, a veces, pasan desapercibidas por la rutina: trabajadores del servicio de limpieza, operarios rehabilitando fachadas de estilo gótico, mobiliario urbano *Art Nouveau*. Barcelona se refleja en el espejo reluciente de la vida; por algo es la ciudad que incita a soñar. Una ciudad que se resiste a vivir del pasado, ni a transgredir, que magnifica el arte de renovarse o morir, pero conservando su esencia, su encanto, su magia... Bajo en el paseo de Gracia, —la 5th Avenue barcelonesa— y voy andando hasta el barrio gótico. No es tan cinematográfico como el barrio de Marais en París. Lo recordarán por ser donde se rodó uno de los cortos del film *Paris J'tamie*; incluso donde Woody Allen nos sedujo de la mano de *Midnight in Paris*. Barcelona tiene en su barrio gótico miles de historias ocultas, de pasiones escondidas. Quizás no sea tan literario ni evocador de musas como lo es Saint-Germain-des-Prés, ni tan melancólico como Montmartre con su turístico Sacré-Coeur o la concurrida Place du Tertre. Pero no cambio mi plaza del Rei, ni la de Sant Felipe Neri, por ninguna otra.

Solo deseo ausentarme del bullicio de los turistas. Llevo horas caminando y llego a la altura de la calle Canuda. Entro en la librería Canuda-Keops a comprar un libro sobre Bellas Artes y descubro al salir que hoy hay jornada de puertas abiertas en el Ateneu.

París es más encantadora de noche que Barcelona. A pesar de ello, pasear por las calles del barrio gótico me hace tiritar de emoción, y no sé por qué, pero recuerdo que Miha siempre me hablaba de que su lugar favorito al anochecer era el Pont des Arts. Quizás porque soñaba con encontrar a la Maga. Una vez soñé pasear por él con Miha. Entonces comprendí por qué deseaba trasladarse a París. Sabía que allí podría renovarse, perfeccionar su poesía, ir vestida a la última moda y usar perfumes caros. París es la ciudad que se reinventa cada vez que un novelista o poeta crea mil maneras de retratarla. Y no era un París literario lo que buscaba, sino un cúmulo de sueños e ilusiones para ser plasmados en cuadernos o lienzos de los artistas.

Me gustaba saborear un croissant en el Café de Flore, donde a diario acudía. También asistir a Les Deux Magots, con aquella música de fondo, una canción que me recordaba quiénes fueron: «*Ne me quitte pas...*». La canción que me inspiró mis *Acuarelas en París*.

Me gusta ir a comer junto al viejo Polidon, de donde era asiduo el buscador de la Maga y donde existía una mesa vacía, la que frecuentaba Hemingway; y, desde allí, sin tomar postre ni café, dirigirme a la Shakespeare & Company. Subir hasta la primera planta, sentarme frente a la máquina de escribir y teclear sin parar en la Olivetti que la librería ofrece a los escritores, y

donde, también, se puede acariciar a Elienai, el gato que siempre está dormido en el sillón junto a la ventana.

El gato que está triste, que es azul, como los ojos de Sol Ravassa. El gato que no olvida que un día fuiste mía; no de él, ni de otro, ¡MÍA! Miha... siempre Miha...

Los tres, Miha, Nastia y un servidor, inventamos un lenguaje nuevo, que fuimos a inmortalizar en Le Mur des je t'aime fotografiándonos en el mismo. Todo esto almizclado con la esperanza de ver al unicornio blanco junto a la Maga en el Pont des Arts y pasear por las calles del barrio Latino. Calles vivas, sin saber qué dirección tomar, sin siquiera conocer el idioma local.

Y llegaríamos hasta la torre Eiffel. Comeríamos fruta, tomaríamos vino y miraríamos al cielo para descubrir si lloverá o no. Todo eso mientras le susurro a Miha al oído: «*Je t'aime, Miha, Je t'aime*». Rezaré para que así suceda, porque a los dos nos encanta la lluvia, pasear bajo ella y mojarnos. *We are singing in the rain...* saltando charcos, como cuando éramos niños en aquella calle sin asfaltar, en el portal de la casita donde vivió Miha y donde la besé por primera vez.

Recordaríamos aquella fotografía que nos hicieron junto al Pegaso Z102 Bendetta, estacionado en la Avda. Diagonal, a la altura del Palau de Pedralbes.

... Recuerdos que se resisten a morir en mi memoria.

Hoy aquellas evocaciones me traen una sensación de miedo, de necesidad de encerrarme en un búnker abandonado del Carmel. Temo que esa dependencia o inseguridad de no saber encontrar mi sitio en la vida haya sido lo que me obligó a aferrarme cada vez más a la memoria de Miha, hasta aclimatarme a la soledad y a su lejanía.

Lleva toda la mañana lloviendo. Ahora que Miha no está, llueve casi todos los días. ¡Qué putada del destino! Ahora que esa lluvia es innecesaria, por no estar ella, por estar obligado a escribir...

Desde que he salido de casa, bajo el paraguas, no hago más que oír un perfecto concierto de gotas sucesivas chocando contra el paraguas y el suelo. Llego a mi cafetería preferida, la Vintage Café, donde todo está decorado de blanco. A Miha no le gusta este lugar por el color. Le pido un café y una copa de un buen coñac a David, el propietario, que juguetea con su hijo pequeño. No dejo de ver sonrisas, y lo malo es que son de ese tipo que comienzan en la boca del estómago y terminan expandiéndose por todo el cuerpo. Son de esas que añoraba. Aunque ninguna se asemeja a la sonrisa de Miha.

Ha cesado la lluvia. Pido la cuenta al camarero. Sobre la mesa dejo un billete de veinte euros,

una copa a medio terminar y muchas lágrimas derramadas.

Fran Loga da así por finalizado el acto. Vuelve a agradecer a todos su asistencia. Sol indica que a continuación el escritor comenzará a firmar los ejemplares y recuerda que no está permitido fotografiarse con él. Requisito irrevocable por su parte. Durante la firma, una joven se le acerca y le felicita por su obra. Le pregunta si esa historia está inspirada en algún hecho real o si, al contrario, es todo ficción.

Fran Loga le responde con otra pregunta:

—¿A usted cómo le gustaría que fuese?

La joven, que se parece a Dua Lipa, le responde un poco dubitativa, sin dejar de acariciarse la pulsera de cuero marrón que lleva en la muñeca izquierda.

—Creo que será real, como con su anterior novela: *Ocho luciérnagas en la oscuridad*.

—¿La ha comprendido? ¿Qué parte es la que más le ha gustado? —quiere saber el escritor.

La joven le desafía.

—¿Me está poniendo a prueba?

Saca de su bandolera un libro bastante desgastado y lo deja sobre la mesa. El escritor queda perplejo al contemplarlo; lo recuerda bien, lo creía perdido. Busca con avidez entre sus páginas y la encuentra, una rosa negra. ¿Por qué lo tendría ella?

—Por favor —le pide al escritor—, abra la página ciento treinta y siete. A partir del segundo párrafo.

El escritor, visiblemente turbado, localiza la página y el párrafo. La joven narra de memoria:

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

Louki

Nada sucede como debe suceder, pero, aun así, sucede. Nada ni nadie retorna si no es llamado... A pesar de lo ocurrido, del miedo a recordar los actos que incitaron a aquel comportamiento, es mejor dejar morir el pasado. Ella no dejó de hacerlo a pesar de sentirse débil.

Me puedes llamar hijo de puta o, de manera más cortés, malnacido. Es igual un término u otro. No lo soy, aunque Cris se empeñó en ir desacreditándome. Ella, Cris, sí que es una puta... Bueno, pues ya lo saben, acabo de decirlo y puede que este libro algún día ella lo lea.

Yo, Louki, soy coleccionista de fracasos, creador de fantasía, y a veces hasta le hacía de payaso; pero, hasta donde alcanzan mi memoria y mi dignidad, nunca lo que ella dice que he hecho.

Tras estas palabras, la joven que se parece a Dua Lipa recupera su libro, que el escritor está dedicándole. Empalidece al leer la dedicatoria.

*A la joven que se parece a Dua Lipa:
La vida se hace más sencilla cuando aceptamos que, al igual que sucede con los libros, en algún momento deberemos pasar página y empezar otro capítulo...*

Fran Loga se sorprende por su reacción.

—¿Se encuentra bien?

—No es nada... —Pasar página..., ¿cuántas veces se lo había propuesto?

—La invito a cenar. —Fran Loga queda intrigado con esta joven tan parecida a Dua Lipa—. Así podremos continuar con la conversación.

—Entonces hablémonos de tú.

Apartamento de Nicol. Día siguiente

[NICOLT]:

Cuando desperté, Fran Loga se había marchado. En el suelo estaba su portátil con un documento abierto de Word, y en la pantalla un post-it amarillo me decía:

Anoche me desvelé y empecé a escribir el borrador de la que será mi nueva novela. Te dejo el comienzo. Te recogeré esta noche, me gustaría que fueras mi acompañante. Así podremos seguir hablando y me darás tu opinión. Ve vestida de negro y sin ropa interior. Dejo dinero para que compres lo que necesites. Fran.

Lo conté mientras intentaba asimilar sus palabras. Había quinientos euros en billetes de cincuenta. Luego, me senté con un café bien cargado dispuesta a leer el borrador de su nueva novela.

LA LENTITUD DEL CARACOL

«Ya no le tengo miedo a la soledad,
ni a la oscuridad, ni al olvido.
Solo a no recordar quiénes fuimos.»
Nastia.

... Dicen que en la sala de un cine o de una biblioteca sucede una cosa: corres el peligro de ser absorbido entre fotogramas o entre páginas. Y lo sientes. Percibes esa extraña sensación que te obliga a mantener la alerta porque, en cualquier momento, puede cambiarte la vida con tal celeridad que apenas tendrás tiempo de asimilarlo. Y añorarás esos besos que pasaron de estar prohibidos a ser robados, y si no, «siempre nos quedará París», como decía Bogart en aquella película antigua.

Me gustan las películas en blanco y negro, dobladas y en versión original, así como los libros en papel. Nada de dispositivos digitales. Esta novela espero que me transporte al otro lado de la pantalla o a perderme entre las páginas de mi libro favorito en el cementerio de los libros olvidados. Ojalá me embruje tanto, que tenga que volver a leerla cuantas veces sean necesarias: «*Play it again, Sam*». El amor es ese misterio que debe suceder porque así está predestinado. Porque, a veces, lo lógico y lo ilógico, lo real y lo irreal, van juntos de la mano intentando escapar

a nuestra comprensión. El tiempo viene indicando las pautas a seguir, aunque sea con la tristeza, la lluvia y el frío otoñal. Porque ha de ser durante una noche lluviosa, con truenos capaces de partir el cielo como los que me aterrorizaban de niño. Pero parece que se resiste a dejar escapar algunas gotas sobre la ciudad maldita a partir de mañana.

De momento, Almería reposa tranquila, ajena a lo que le viene encima. «¿Por qué este temor?», me voy preguntando mientras mi mente dibuja mi silueta reflejada en el escaparate de la vieja tienda de juguetes. Allí se exponían los soldaditos de plomo y aquel Cinexin que, con toda el alma, deseé en mi niñez. El Palacio del Juguete. Acabo de recordar el nombre, en la calle Arcs de mi Barcelona añorada. Ese proyector era un artefacto que años después, tras muchas averiguaciones, conseguiría en una subasta por internet y que le regalé a Miha. El recuerdo de aquel Cinexin donde proyectaba, sobre una sábana blanca, las historias de Pluto, el Pato Donald y los ídolos de mi infancia, ha regresado esta noche —lo creáis o no— como una especie de sombra siniestra que me asegura que ha venido para quedarse.

Todo esto ha surgido durante la presentación del libro al que acudió una desconocida, una joven doble de Dua Lipa. ¿Habrá notado también ella esa especie de *dejá-vu* cuando nuestras miradas se cruzaron por vez primera? Pero falta un “él”. Es igual, lo crearé de la nada.

Ambos estarán atrapados por las palabras del escritor mientras lee las primeras páginas de su novela, titulada *De repente la lluvia*. Esas palabras, que han ido creando imágenes hasta hacerles contemplar la historia de tal manera que formasen parte de la misma.

El escritor parece estar centrado en ellos dos, como reclamando su atención con tal fuerza de convicción que no podrán negarle ningún indicio de resistencia. Tengo una sensación como si el escritor fuese ese lienzo en blanco del Cinexin que espera, impaciente, ser proyectado.

Habla de ciudades repletas de miradas sin alma, de vacío continuo a pesar del ir y venir de sus habitantes; quizás será porque en ellas eres un completo desconocido. Ciudades que es mejor recorrer después de la lluvia, pues habrá cientos de charcos donde analizarlas a fondo. Elijan uno, investiguen, observen todo lo que se refleje en ellos. Tal vez le tomarán por loco si está solo, pero no debe importarle. Si alguien se le acerca, enséñele la silueta de la ciudad desde la perspectiva del agua.

Quedé sorprendida por la profundidad de aquellas palabras. Creí que empezaba a comprender por qué el escritor dijo lo de analizar cada palabra, cada frase. Terminé mi café; las tostadas ya estaban frías, así que me duché y me acomodé en el único sillón que había en el apartamento para leer la novela *De repente la lluvia* desde el principio.

DE REPENTE LA LLUVIA

Lunes, 7:50 a. m.

El frío y la humedad de la mañana calan en los huesos. Pido un café bien caliente para combatir el helor. Ya no siento ni el calor de su cuerpo, ni el eco de esa risa forzada. No podía creerlo...

No podía creerlo y me preguntaba si, en el fondo, no había esperado siempre que algo así me ocurriera con Cris. El recuerdo que había guardado de ella era el de horas compradas, pero felices. Como me gustaban. Y, tal vez, el vestigio de aquel soñador que una vez fui había creído firmemente que algún día la volvería a encontrar.

Reconozco pasar largas temporadas sin recordarla de manera consciente, sin pensar en aquella promesa que un día le hice a Miha. Escribirle nuestra historia.

A veces, cuando el tiempo es bueno, camino hasta mi antigua casa y me detengo a escuchar los ruidos disimulados de la noche. Esos que solo nosotros sabíamos descifrar.

Mi padre compró esa casa en Casteldefels por la playa, huyendo del bullicio de la ciudad. Quería evitar así que esta nos engullera sin compasión. En la casa, construida sobre la ladera de la colina que pega a la vía del tren, podemos sentirnos los amos del mundo. Desde allí podía ver el andén de aquella vieja estación por donde caminaba a diario una joven haciendo equilibrio sobre el raíl.

Dejé de leer. Cerré el libro. Eran demasiadas las preguntas que debía hacer al escritor. Pero había un nombre que aparecía siempre: ¿quién era Miha? Sin duda aquel libro contaba la vida del escritor.

Me vestí con unos tejanos y un polo Lacoste anaranjado. Salí a la calle y decidí gastarme los quinientos euros en comprarme un vestido de Dolce & Gabbana que había visto en Drop Corner. Yo con vestido. ¿Quién podría imaginárselo?

Hice las compras lo más rápido posible. *De repente la lluvia* me tenía atrapada y estaba ansiosa por regresar al apartamento y continuar leyendo.

LA ESTACIÓN DE BARCELONA (2016)

«Nos miramos a los ojos, y yo solo me vi a mí mismo y ella solo se vio a sí misma.»
Stanislaw Jezy Lec.

La escritora

Fran Loga conoció a “la escritora” el mismo día que Cris llegaba en el tren procedente de Almería. Llegaba con retraso, algo normal en esa línea que realizaba varios trasbordos. El reloj de la estación sobre lo alto de una torreta marcaba las ocho de la mañana.

Del tren situado junto al que llegaría de Almería descendió una mujer con solo un neceser de equipaje; de mediana edad, bien vestida, y sus joyas parecían buenas. Fue recibida por una joven con un par de besos. Aun así, las notó distantes, frías, pero correctas. Su boca, la de la joven, era pequeña y de labios carnosos, bien perfilados por un lápiz rosa. Pero qué importaba eso ahora, como tampoco importó en su día.

Las observó a cierta distancia, desde su mesa en la terraza del café, justo al lado de la expendedora de billetes. La mesa era pequeña, de esas redondas de tres patas, y que una siempre cojea, pero del diámetro suficiente para que un

cuaderno, tamaño A4, cupiera perfectamente. La mujer de mediana edad se marchó tras discutir con la otra. La joven de labios rosados se sentó en un banco sin ocupar, apoyó la cabeza sobre la pared y pareció sumergirse en sus pensamientos. Luego sacó su portátil y comenzó a teclear con decisión.

Onlyou se le acercó y empezó a olerla. Luego, de un salto, se acurrucó en el banco contiguo. Ella no se dio cuenta hasta que pasó un rato; tal vez fue el pequeño roce del hocico en su mano derecha lo que la sacó de su ensimismamiento. La joven acarició con cariño el lomo y la cabeza de Onlyou.

A pesar de ese gesto humano, parecía seguir ausente, triste —quizás temerosa—, como si cualquier acontecimiento desagradable fuese a sobrevenir.

Fran Loga se acercó a preguntar si le molestaba Onlyou y de paso a interesarse por ella.

«No me pasa nada, gracias, y no, no me molesta tu perro». Sonrió brevemente para continuar escribiendo. Su voz reflejaba un tono amable y de ternura que les gustó a Onlyou y a su dueño.

“La escritora” miró el reloj de la estación. Apartó la mirada. Volvió a mirar el reloj... ¿Acaso no recordaba que era la cuarta vez que lo hacía en menos de dos minutos? ¿Por qué? Pues, porque sí.

Fran Loga se sentó a su lado. Acomodó a Onlyou sobre sus piernas y la observó mientras escribía.

—¿Espera a alguien más? —preguntó.

—Y tú, ¿a quién esperas?

¿Por qué estar cerca de ella le hacía sentir incómodo? La verdad es que no sabía por qué había acudido a la estación.

La escritora finalmente dijo que no esperaba a nadie, simplemente le gustaba escribir en la estación porque así conseguía inspirarse.

—¿Sabes cuántas historias ocultan estos trenes?

—No lo sé. Tú eres la escritora.

—¿Acaso crees que soy escritora porque me estás viendo escribir?

—No... bueno, la verdad es que sí —titubeó.

—En realidad quiero ser diseñadora editorial, y montar mi propia editorial. Tú, por ejemplo, pareces triste. Quiero decir, que no parece alegrarte por ver a quien está a punto de llegar.

—Es una vieja amiga que conocí hace años, durante un verano. Vendrá a pasar unos días de vacaciones.

—Y piensas: «¿Por qué tuve que invitarla?». ¿Todavía sigues buscando la manera de poder anular la invitación, o quizás esa amiga sea difícil de olvidar? Creo que más bien es lo segundo; si no, ¿qué haces en esta estación esperando la llegada de un tren que nunca es puntual?

—Yo no la invité —se defendió. La no escritora casi había dado en el clavo—. Es más, creo que no es buena idea hablar del tema. No sé cómo consiguió mi número de móvil. Pero un día me llamó y me pidió por favor que la dejase pasar unos días conmigo en Barcelona. Acababa de salir de una situación muy difícil y necesitaba desconectar.

La joven de labios rosados continuó con su labor. Onlyou se había dormido con la cabeza apoyada en sus piernas. Fran Loga quedó pensativo. La chica tenía razón... ¿Qué importaban unos días? Nada volvería a ser entre ellos como aquel verano. Tres años sin verla eran muchos años. No sabía

quién iba ser la Cris que bajara de ese vagón. Simplemente se encontrarían. Ahora era Fran Loga quien miraba el reloj y, de paso, también de reojo a la escritora y a la vía.

Muy cerca de allí, en ese tren impuntual, Cris se preguntaba: «¿Cuándo llegará este maldito tren para poder besarlo de nuevo?».

Era lo que sucedía por vivir en ciudades distintas. La distancia, que a algunos une aún más, a otros acaba por separarlos. Y recuerdas que fue en un instante de esa distancia cuando tuviste una sensación indescriptible, de vacío, de creer que puedes lograr reconocer a través de sus ojos un alma que te pertenece.

Mientras ese tren seguía empeñado en no hacer acto de presencia, Fran Loga no pudo evitar leer de soslayo lo que la joven escribía:

No sé por qué, pero ese muchacho me ha hecho sonreír. Su sonrisa es contagiosa y provoca la mía. Seguro que aprendió a reír así de pequeño, después de ver una película de esas antiguas, de las clásicas, de toda la vida; lástima que no recuerde ahora ningún título ni protagonista.

Lo veo más alegre que cuando llegó. Ahora duda de si “ella” bajará de ese tren que llega con retraso. Y quizás se entristezca si no aparece, o se alegre... Le he aconsejado que no se permita el lujo de estar triste. Ya nunca más. El destino es así, caprichoso, impredecible, y el amor... un viajero hastiado que busca un hogar donde morir.

Escribo esto mientras se toma un café cada vez más helado. Le he dicho que no soy escritora. Le he mentado. Y creo que él también lo es. Tiene pinta de serlo. Su

aspecto de intelectual lo delata. Y creo también que se siente solo, al igual que yo. Aunque al fin y al cabo... ¿no lo estamos todos?

El aroma de los jazmines envuelve la estación y mi ser. Noto una caricia que me abriga y mimas, abro los ojos y es un perro que lame mi mano. Tiene la mirada triste, como perdida; quizás buscando, como yo, rellenar ese hueco que sin permiso se instaló en mi alma. Acaricio a Onlyou, como indica su placa de identificación. Enciendo un Chester. Le doy una calada. Miro el reloj y me llega el aroma de un tazón caliente de chocolate. Su sabor entre amargo y dulce me traslada a un pasado que añoro más que nunca. Me llamo Sol Ravassa y soy escritora.

Fran Loga sonrió con satisfacción al llegar a la última frase; no se había equivocado en su suposición. Llevó la mirada a un andén todavía vacío y sus pensamientos regresaron, irremediabilmente, a Cris. «No quiero enamorarme», le había dicho a Cris en una ocasión. Quizás no fuese la mejor excusa, ni el momento, pero se lo dijo la única vez que se lo preguntó. «Perdona», le contestó ella, «creía que eso no dependía de nosotros. No se trata de lo que deseemos, sino de que en los corazones nadie manda». Y desde entonces huyen del amor. Lo hacen porque nadie es quien para imponer lo que deben o no hacer con sus vidas.

Miha apareció ante los ojos de Fran Loga. Se sentó sobre la escritora y le observó. Lo notó ausente, pero sintiéndolo más cercano que ninguna vez. Pensar que él podría tocarla con solo alargar un poco sus manos... Él lo intentó, pero la imagen de Miha se desvaneció junto al humo del Chester

rubio, sin boquilla, que la escritora sostenía entre sus labios.

Empezó a llover. Los dos permanecieron en sus sitios. El reloj señalaba las ocho y veinte de la mañana y ese... (ya no sabía cómo definir a ese tren) ¡ese tren se resistía a llegar!

La llegada

[CRIS]:

Este tren parece que no tenga prisa por llegar. Conforme me voy acercando a Barcelona el recuerdo de aquel verano regresa con más fuerza. Fran cree que voy de vacaciones unos días... Durante los tres años que he pasado en la cárcel, me he dado cuenta de cuánto le quiero. Es el único capaz de enderezar mi vida. Solo con él puedo ser feliz y olvidarme del pasado y de quien fui. En la cárcel he pasado de todo y solo su recuerdo me ha permitido sobrevivir. Quiero estar con él. Necesito quedarme con él...

En Almería nadie supo lo nuestro. Nunca quisimos demostrar nuestro amor en público; de esa manera no nos exigíamos responsabilidades. Además, estaba Salva, que ahora es mi marido, y también Rice por medio... y debíamos disimular. Nos conformábamos con las noches de amor que, cuando a ambos nos parecía bien, nos regalábamos.

Reconozco que en sus brazos volvía a ser yo, no tenía necesidad de huir o esconderme en mi bosque sombrío; sin ocre, sin tonos rojizos ni verdes. Solo nos amábamos como esos dos extraños en la noche de Sinatra, y disfrutábamos

de un amor imposible que viajaba entre Almería y Barcelona, embrujado por las notas de esa canción, que supo transmitir como ninguna todas las emociones que sentía a su lado.

Por fin hemos llegado a la estación. Esa hoja que se ha desprendido del árbol acaba de chocar contra mi cristal... El frío ya se ha instalado en la ciudad, puedo sentirlo desde aquí... Y la lluvia... y toda la tristeza del otoño...

Cris ya estaba allí y se había abalanzado sobre Fran Loga, besándolo como una loca. Fue la escritora quien le avisó de su presencia, porque Fran estaba ensimismado mirándola.

El tiempo se detuvo en la estación, en ese tren que la trajo de regreso a su ciudad natal. Fran Loga había dispuesto que Cris se alojara en la casa de la familia. Hacía muchos años que no iba por allí. Desde el accidente de sus padres. Tenía miedo de volver a ella. Miedo de volver a pisar sus suelos de parqué y, en especial, a abrir la puerta del garaje y percibir ese olor añorado, a gasolina y aceite, que seguía grabado en su alma. No sé qué extraña sensación tendría al no ver a su padre trabajando en la bancada, restaurando la vieja Ducati.

Lo más seguro es que quisiera retroceder en el tiempo para verse de pequeño, a su lado, soñando con hacerse mayor y encargarse de la moto como le había prometido su padre. Los dos adoraban aquel lugar. Retroceder a cuando soñaba con llevar a Miha a Aarhaus en la Ducati.

... Me ha apartado de él. Me mira a los ojos y se marcha dejándome sola en esta estación después de haber estado tanto tiempo esperándome... No puedo creerlo. Qué rabia

me quema por dentro... Otra decepción más en mi puta vida. Otra procedente de alguien que me importa. Pero ¿por qué? Si yo le quiero... Quizás lo más fácil sea arrojarme a las vías cuando pase el tren. Así de fácil, para qué complicar las cosas. Un paso adelante, me dejo caer... y se acabó.

A la primavera en calma siempre la sucede un verano fatal, como dice la canción que me gusta. La noche se hará eterna, si llegas al alba, habrás sobrevivido a su maldición y no sabrás despedirte de esos demonios que llegaste a querer como a ti mismo.

Y Cris quedó inmóvil en el andén, viendo alejarse a Fran, sin comprender nada.

Catwoman

La primera vez que Cris vio juntos a Sol Ravassa y a Fran Loga, paseando por las calles de una Barcelona que la asfixiaba, oyó un susurro leve al principio. Poco a poco, este se convirtió en una voz perfectamente audible dentro de su cabeza, que le repetía una y otra vez un objetivo vital: matar a la escritora.

Lo que Cris desconocía de aquellos encuentros entre Fran y Sol es que no eran nada más que temas laborales. A Fran Loga, Sol le había recordado mucho a Miha. Había algo en ella que le cautivaba. Sus sueños, la alegría, su espontaneidad, la ilusión por hacer lo que de verdad deseaba. Tenía las ideas tan claras como Miha. Así que una tarde, Fran acudió

a aquella estación, se acercó de nuevo a Sol y se lo propuso directamente:

—Quiero que te hagas cargo de un negocio que voy a montar. Una editorial. ¿Qué te parece?

Sol le miró, sorprendida.

—¿Por qué me lo propones a mí?

—Porque Miha me lo ha pedido.

—¿Quién es Miha?

Por entonces Cris se encontraba en otra crisis. Se había vuelto a escapar. De nuevo había abandonado a Salva.

Estoy sola en Barcelona. El hijo de puta está con otra; una aburrida joven que escribe por la tarde sentada en un banco de la Estación de Francia. La odio. La odio como nunca lo he hecho. A los dos. He vuelto para agotar el último cartucho que me queda.

Hace dos meses que Cris llegó a la ciudad huyendo de no sabe qué ni de quién. Barcelona es la ciudad de las oportunidades, como le decía Fran Loga cuando le hablaba de ella.

La semana pasada fue a Terrassa. Estuvo parada frente a su antigua casa. No sintió nada. Ni alegría ni tristeza. Nada.

¿Qué me está sucediendo? ¿Qué les pasa a mis sentimientos?

Cuando se le terminó el dinero que sacó de la cartilla de ahorros de Salva, tuvo que buscarse la vida como pudo. Pasó muchas horas en baretos, donde siempre había algún salido al que engatusar a cambio de comida o cena. Se hizo asidua a un

bar en la calle Aribau, cerca de la universidad, donde empezó a acostarse con alumnos a cambio de que le ofrecieran una cama donde dormir. Una noche oyó hablar a un grupo de estudiantes que querían organizar la despedida de soltero de uno de ellos. Hablaban de quinientos o seiscientos euros para la chica. Así que no se lo pensó, se plantó delante y les dijo:

—Ya tenéis a la gatita que buscáis.

De aquella despedida salieron otras, y en poco tiempo la conocían como Catwoman. Hasta que en una fiesta privada coincidió con Fran Loga. Estaba solo; la verdad es que excepto las ocasiones en que lo vio con la escritora, el resto del tiempo siempre iba solo. Esa noche se la jugó. Iba vestida con un uniforme de gatita, con máscara de látex, y esa noche su objetivo fue él una vez terminada la actuación.

El muy cabrón ni me ha reconocido. A decir verdad, cómo iba a hacerlo disfrazada como iba... Pero es que ni la voz, ni mi perfume... ni siquiera mi manera de follarlo le ha resultado familiar.

Lo hicieron con la luz apagada. Se desprendió de todo excepto de la máscara. Cuando acabaron le pidió trescientos. Fran Loga creyó que era broma. Pero muy seriamente le hizo comprender que no era ninguna broma. Fran dijo que no llevaba dinero en efectivo, que luego pararía en un cajero. Mientras caminaban buscando una Caixa, hablaron. Cris le contó que era estudiante y trabajaba solo los fines de semana para pagar los estudios en una universidad privada. Se lo creyó. No era la única estudiante que se costeaba los estudios haciendo de *escort*, le dijo. Él conoció a varias.

Le contó que él estaba realizando un MBA Executive en ESADE.

Le dijo que era muy guapo, que si tenía pareja. Respondió que «no en plan serio, una amiga especial con la que de vez en cuando duermo». «¿Cómo se llama?». «Nastia», contestó, «es una amiga que conocí en el pasado. Trabajó de camarera para reunir el dinero necesario para poder costearse sus estudios. Congeniamos mucho y mantenemos una extraña relación. Regresó de Salzburgo hará seis meses para hacer el mismo máster que yo. Como los alojamientos y alquileres están caros, la dejo vivir en un apartamento que tengo en la calle Balmes».

Conocer toda esa información no sirvió más que para aumentar mi odio hacia ella. Entonces no pude aguantar y le solté: «¿Entonces te deja follártela como pago a tu hospitalidad?».

Al doblar la esquina encontraron un cajero. Sacó cuatrocientos euros. Se los dio.

«Eran trescientos...». «Ya lo sé. Quédatelos, te los has ganado». Te los has ganado... Capullo...

Fran paró un taxi y se marchó.

Y allí me quedé, de pie, vestida como una heroína trasnochada de cómic, viendo cómo se marchaba de nuevo y gritándole con todas mis fuerzas: «¡Quédate!... Te necesito en mi vida. ¡¡Quédateeee...!! ... Quédate».

Fran Loga, una vez en el interior del taxi, comentó en voz baja: «Esta vez, sí que me has salido cara».

Con el tiempo, los encargos para las despedidas de soltero fueron disminuyendo y ya apenas tenía trabajo. Pasó de trabajar solo fines de semana y embolsarse casi mil euros, a tener que estar buscando trabajo como una loca. Así que llamó al serbio.

Lo conoció una de las últimas noches en Barcelona. El cabrón la quiso follar gratis para comprobar si era verdad su reputación...

—No soy una puta. ¿Qué te has creído? Follo porque es mi trabajo. Tengo mi vida y no voy por ahí acostándome con el primero que pase. Si quieres follarme, me contratas y pagas lo que valgo. Si no, ahí está la puerta.

Le dio dos hostias y la violó.

EL REENCUENTRO

«Creí que tenía el corazón roto, y quise arreglárselo.»

Salva.

Día de la presentación. 17:00 horas. Almería

Salva esperaba impaciente la cita con su viejo amigo. Por fin, había escrito el libro que tanto le había contado. «Creí que tenía el corazón roto, y quise arreglárselo». Aquella frase era suya. Se alegró de que la hubiese utilizado. Era la idónea para sintetizar esa historia. Les ayudaría a comprender y olvidar que no eran más que una caricatura de sí mismos. Cris era un títere que por momentos transformaba su personalidad solitaria en un personaje que se sentía atrapado, manipulado; que se olvidaba de sus rarezas y que no aceptaba los pliegues de las arrugas bajo la frente, ni las canas que le indicaban que ya no era aquella joven alocada que, hace mucho tiempo, dejó de reconocerse al contemplarse en el espejo. Y así fue como surgió la niña, Sugar.

A Salva, Fran Loga le decía continuamente: «Los recuerdos son una acumulación de mentiras creadas por nuestro subconsciente para evadirnos de una realidad que nos acobarda afrontar, y aunque intentes enterrarlos en la cima de una montaña, siguen latentes».

Salva leyó el capítulo donde narraba cómo conoció a Cris.

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

CAPÍTULO VIII

Platón

«... Siempre me han gustado las películas dobladas y, a ser posible, en blanco y negro», le comentó Cris una tarde de temporal, de tal magnitud que pasaron dos días sin que cesara de llover.

Platón la conoció una noche en el *Kassandra*, local de falsas esperanzas y peores augurios; de suelos viscosos, mesas pequeñas y ocultos reservados tras las cortinas bermellones. Cortinas de tacto aterciopelado, reservados donde todos se divertían, se amaban y bebían, excepto ella. Botellas de ginebra, bourbon y vodka desfilaban alegremente por la barra de roble albar y tafilete negro.

Cris se presentó con dos besos cálidos y un aroma a perfume parisino. Vestía un diminuto vestido de color rojo, tan ajustado que dejaba entrever la ausencia de ropa interior.

«¿Me invitas a una copa?», le pidió a Platón con ese tono de voz tan roto por los efectos del alcohol de madrugada que desgarraba más que calienta, y esa mirada tan triste, a pesar de sus ojos verdes penetrantes que resaltaban su cara de niña, su rostro melancólico y castigado a pesar de su juventud. «Invítame a una última copa, ahora mismo, y saldré de aquí contigo». Mientras, de fondo sonaba una canción de Estopa. «¿Me en-

canta la letra...!», dijo, y comenzó a tararearla tan pegada a sus labios que apenas pudo entenderla porque se le entrecortaba la voz. «Es superior a mí. Es la fuerza que mantiene... con la oscuridad que tiñen de oscuro tus ojos negros...».

Apartamento de Nicolt. Día de la presentación

Nicolt dejó la bolsa de tela con el vestido nuevo sobre la cama. Se quitó sus eternos vaqueros para estar más cómoda por la casa y se recostó en el sofá sobre sus piernas desnudas y continuó con la lectura.

... No logro sacar vida de donde ya dejó de haberla. La ilusión quedó rezagada cuando los días eran más cortos de lo que estamos acostumbrados a vivir. El tiempo juega con las horas que vuelan como las luciérnagas, como las hojas que bailan acompasadas por la música del viento hasta que se posan con suavidad en el jardín de casa, y al fondo el mar. El curativo mar. El mar que ya solo puedes observar en la distancia, al igual que ese cuadro inconcluso, falto del color, que logre traspasar la retina para acoplarse a su mirada.

Azul intenso, como las tardes de verano, a pesar de que estamos en otoño... A los escritores les huyen las musas y la melancolía regresa, dañina.

A pesar de eso, me apasiona la tristeza del otoño. Escribir acompañado de un tazón de cho-

colate caliente; de un brioche con mantequilla. Dibujar en el vaho de los cristales y observar, a través de ellos, cómo los niños juegan saltando sobre los charcos. Luego se irán y quedarán esas ondas rebotando en el bordillo.

Buscaré mi cuaderno de tapa azul a medio terminar. Intentaré continuar con la historia prometida —que temo agonice en el olvido junto a su miedo a volar, al compromiso, al amor, a las ilusiones rotas—; la esperanza, tal vez solo eso nos cure... ¡Olvidar! Tal vez sea eso. Un “tal vez” que jamás sabré si pudo haber sido un “quizás” o un “todo”.

Mientras, espero la llegada del verano, de los días largos, de las horas aprovechadas, de un sol que es capaz de arrinconar este frío, esta oscuridad del alma; y más si la llegada de la noche se presenta puntual, fría y lluviosa. Hoy llueve... y llueve mucho.

Mi luciérnaga descansa sobre el alféizar. Mojada, inmune al dolor. Ajena a tu recuerdo, y a pesar de ello lucha por seguir brillando, por seguir guiando mis pasos. Al fondo la luna se refleja en un mar en calma. Y esa dichosa canción que no deja de rasgar en la herida. Maldita canción, ¿por qué no te limitaste a quedarte en el olvido?

Y Miha... siempre Miha.

EL ENCARGO (2016)

El serbio. Barcelona

Cuando el serbio contestó la llamada, le dijo que aceptaba su oferta para trabajar con él, pero a cambio debería hacer personalmente “un encargo” para ella.

Durante días, Cris recorrió la calle Balmes acechando a Fran Loga. Una noche le vio entrar con una joven pelirroja a uno de los edificios más nuevos de la calle. «Eureka. Te pillé». Anotó el número del portal. Aquella pelirroja era Nastia.

Cris se sentó en la terraza de una cafetería justo enfrente del portal, a esperar. Ya había oscurecido cuando los vio salir. A Cris le extrañó que no pasaran la noche juntos. Fran Loga portaba la funda de un instrumento musical, que al parecer había recogido del piso. Minutos después un taxi paraba a su altura, Fran le dio un beso a Nastia, la ayudó a subir al taxi y le entregó la funda.

Cris sacó rápidamente de su mochila la Nikon analógica para tomar fotografías de la chica. «¡Qué ironía...!», pensó con sonrisa burlona.

—¿Le puedo retirar el vaso? —le preguntó un inoportuno camarero.

—¡No! —respondió apartando el ojo del objetivo. En ese momento Nastia entraba al taxi para acomodarse y coger la funda de manos de Fran—. Tendrá que valer... —se dijo Cris, guardando la cámara mientras veía alejarse el taxi.

Al día siguiente fue a revelar las fotos. Las metió en un sobre acolchado. Llamó de nuevo al serbio y quedaron en verse.

—A él no le hagas nada. ¿De acuerdo?

Y le dejó el sobre sobre la mesa.

Las fotografías que le entregó habían salido con contraluces y la joven se mostraba de perfil; solo se distinguía con claridad a Fran Loga, a quien la farola iluminaba de frente.

Pero el destino, que es caprichoso y un hijo de puta de envergadura, quiso que Sol decidiera tintarse el pelo cobrizo, un color que le hacía sentir segura y vital. Reflejaba muy bien su estado de ánimo en aquella nueva etapa de su vida. Sin duda, un error. El mismo destino que hizo escoger al serbio la noche para cumplir su encargo...

Esa noche, Sol Ravassa cogía el vuelo Barcelona-Almería acompañada de Fran Loga. Ella viajaba días antes de las dos presentaciones del libro para ultimar los detalles con Irina, la secretaria de Fran. Acordaron que él realizaría el viaje hasta Almería en su nuevo Aston Martin.

«Es alta, como Fran, delgada y pelirroja», fueron las indicaciones que Cris dio al serbio. Así que los siguió esa noche hasta el aeropuerto de El Prat. Una vez allí se colocó detrás de ella en la fila de facturación. Cuando Sol iba a darle el billete a la azafata, el serbio chocó contra ella. Le pidió perdón. A Sol se le cayeron las cosas al suelo. El serbio se las recogió educadamente y miró el destino del vuelo en su billete. Des-

pués fue hasta la ventanilla de Iberia y tuvo suerte de que quedasen asientos libres en el mismo vuelo. Así que compró otro billete para Almería.

Una hora y media después aterrizaban en El Alquíán. El serbio se hizo de nuevo el encontradizo y le propuso compartir el taxi para ahorrarse algo de dinero. El taxista preguntó a dónde iban. «Al hotel Torreluz 4 estrellas», respondió Sol.

El serbio tomó nota.

EL ÁNGEL CAÍDO

Día de la presentación. Almería

Cris deseaba morir. Lo sé. No la estoy justificando. Como decía Louki en *Ocho luciérnagas en la oscuridad*: «Debes respetar al abismo, pues, al igual que tú, él también te observa, desde abajo. Solo es una lucha por ver quién de los dos es más valiente: tú al no saltar o él al convencerte».

Su garganta estaría desgarrándose gritando su nombre. Tenía sobre la mesa un ejemplar de *La Voz de Almería* abierto por la página de cultura. En ella, una foto de Fran Loga y Sol Ravassa promocionaba la nueva novela del escritor.

Cris tembló, rogando piedad al creador. El lamento del ángel caído clamaba venganza, hacía mucho que perdió sus alas, y desde entonces Cris solo tuvo una idea en su mente, que a última hora cambiaría.

Apartamento de Nicolt. 19:00 horas

Nicolt releyó los últimos capítulos. Había algo en ellos que no llegaba a comprender. En realidad, ¿Cris estaba enferma?

OCHO LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

CAPÍTULO XVIII

Louki. Carpe diem

... La verdad, no sé qué hago aquí esperando con Platón en los jardines de este psiquiátrico. De hecho, me siento un voyeur que hurga en la intimidad de dos amantes. Traje una bolsa de ropa limpia para Cris por si le daban el alta, como me pidió Platón. Ropa que un día le compré y que nunca llegó a ponerse. Recordé aquel tiempo en que los errores de la juventud nos remendaban el alma de tantas puñaladas. Éramos jóvenes, ingenuos, entusiastas... Ella todo lo contrario. Para mí siempre fue demasiado enigmática. Una mantis desconocedora de la piedad...

CAPÍTULO XIX

Louki. Capítulo penúltimo

La última recaída de Cris había ocurrido hacía seis meses. Aunque para alguien como ella eso suponía tranquilidad, para Platón representaba incertidumbre. Para mí, dolor.

El tiempo pasaba demasiado lento, casi aclimatado a aquellas situaciones que sucedían con mayor continuidad; y aun así, Platón lo sobrellevaba bien —o eso pensaba—, y es que cada vez eran mayores los tiempos de recuperación de Cris, tiempos en los que iba envejeciendo de ma-

nera más rápida que el transcurrir de los días y los años. Entonces le dije: «Escúchame bien, Platón: Cris no va a volver, esta será la última vez».

Él no aceptaba que no regresara jamás. No comprendía mi manera de ver la vida, de que nada valiera la pena, que él ya era otro, y ella... hacía tiempo que dejó de ser nuestra Cris.

Recuerdo la mañana de un domingo lluvioso, ambos deambulando por aquellas calles que tantas veces hemos transitado. Nos paramos a la entrada del sanatorio y nos miramos frente a frente; nuestros ojos se encontraron, pero nuestras miradas estaban tan perdidas... La mía ocultaba un secreto inconfesable y la suya, sutil y discretamente, miraba hacia el cielo que un día dejó de guiarlo.

Apenas intercambiamos unas palabras de ánimo, de optimismo. Si surgió algún susurro fue por su parte, y tan inaudible que no me molesté en preguntar qué había dicho. Sé que nuestra actitud denotaba un odio camuflado por la amistad que nos unía hacía tantos años.

Me habló muy sereno, en un tono que se esforzó por que sonara neutral: «Louki, amigo... esta será la última visita a este hospital».

A través de la reja pudimos ver y oír a algunos pacientes reír, acompañados por los enfermeros o algún familiar que, de vez en cuando, también reía a grandes carcajadas. Y sabíamos que no muy lejos de allí, en otro ala de aquel edificio que cada

vez odiábamos más, se encontraba “el refugio”; el particular mundo donde residía Cris y solía quedarse mirando a través del ventanal, y jugueteaba con la pulsera que le regalé en su décimo séptimo cumpleaños. «La tranquiliza», nos comentó su cuidadora, aunque temían —y temíamos— que algún día se la arrancase de la muñeca y la hiciese jirones. Entonces estaría sanada, y el miedo pasaría a que la curación conllevara la destrucción. Amor y odio, odio y amor.

Dentro del sanatorio hacía calor; volví a oír el sisear amortiguado de los ventiladores dándonos la bienvenida a aquella sala de espera —o de tortura, como la bautizó Platón—. Luego una joven se asomó a la puerta de la consulta y lo llamó. Era una enfermera nueva, pues no recordábamos haberla visto antes. Él se levantó con lentitud, me pidió que lo acompañase y entró primero.

—¿Cómo está, doctora López? —preguntó nada más verla.

—No progresa. El martes pasado se autolesionó de nuevo...

Platón sostenía la mirada fija en algún punto concreto de la primera de las cartulinas Rorschach que se amontonaban sobre la mesa, junto a varios expedientes sin archivar. Se giró hacia mí, como pidiendo autorización para lo que iba a suceder a continuación. Entonces dijo que sí; que lo había meditado mucho y que autorizaba el tratamiento y la terapia nueva. Y nada más de-

cir esto, lloró desconsolado, pero sabía que era mejor así y que era inútil esperar una mejoría que indicase la total sanación de Cris.

Yo estaba de pie cuando firmó los papeles de la autorización. Ahora su mirada era la que estaba ausente y temerosa, más que la mía. En unos días sería trasladada a la nueva clínica.

Le dejé a la médica una subcarpeta, en esta ocasión de color ámbar, con los últimos capítulos de esta historia. Capítulos que, siguiendo mi costumbre, escribía a razón de uno a la semana. En total doce relatos. Imagino que ni siquiera se los leerían y que acabarían en cualquier contenedor de basura, pero eran míos. Y eran suyos. Eran nuestros.

En esa ocasión también nos negaron verla. «No está preparada aún», nos dijo.

—Pero quiero verla. —insistió Platón.

Entonces la doctora abrió el cajón del escritorio, sacó un dossier del mismo color que la subcarpeta que instantes antes le había entregado yo, y nos mostró la maldita foto en la cual aparecíamos los tres.

Su visión fue brutal. Nos había tachado con bolígrafo con tal furia que llegó a romper el papel fotográfico de un gramaje de cien micras.

—Es su manera de expulsaros de sus recuerdos —nos explicó.

En otra fotografía, Cris tenía las muñecas vendadas. Y entonces Platón comprendió... En

ese instante tuvo la certeza de que estaba a punto de perderla.

—Si ella no quiere verme, yo sí necesito verla —seguía insistiendo, bastante alterado.

Sonó un timbre y entraron dos celadores junto a un vigilante de seguridad para intentar apaciguarlo, y amablemente nos invitaron a abandonar las instalaciones. Platón se derrumbó sobre la silla metálica y maldijo aquel sueño que se le repetía continuamente. En el sueño estaba junto a ella, el día que la conoció. Imitó su sonrisa, intentó recordar la mirada de sus ojos, y su voz, que le transportaba el alma hasta recodos remotos de su ciudad favorita.

Regresamos en el autobús que nos llevaría al centro. Mientras intentaba comprender por qué había tenido que acabar todo así, iba redescubriendo el paisaje, que a pesar de ser el de siempre hacía mucho tiempo que había dejado de ver. El sol se ponía. Mis pupilas pudieron atrapar la belleza de un atardecer que anunciaba una indeseada noche. Y esta llegó.

Entre tanto, ninguno de los dos podíamos sospechar que Cris ya estaba en su dormitorio. Sobre la mesa estaban apiladas varias subcarpetas de colores, formando un arco iris, llenas de folios manuscritos. Se acercó a ellas. Se miró la muñeca, la acarició. Una lágrima le caía por la mejilla derecha y entonces cobró el valor necesario para elegir una al azar.

Desde el final de trayecto del autobús hasta casa lo hice caminando. Me paré frente al edificio de ladrillos blancos, apoyado contra un árbol de la plaza de San Pedro, que lucía adornos con luces encendidas. Rebusqué en los bolsillos del pantalón unas llaves, que ya no me pertenecían, de aquella casa que tiempo atrás fue nuestro único mundo. Estuve un largo momento mirándolas, dudando si alguna vez llegué a sentirla como mi hogar. Me estremecí porque presentí a Cris observándome tras la ventana.

Comencé a caminar en dirección contraria y me dejé absorber por las sombras de la noche, que con seguridad se encargarían de eliminar cualquier rastro de nuestra existencia.

CAPÍTULO XX

Louki. Por fin ha salido el sol

... Cris siempre sonreía aunque estuviese triste. Le gustaba mirar el escaparate de la tienda de manualidades que había al lado de su casa. Solía comer en bares medio llenos, con sus gentes cotidianas, sus charlas banales, pero tan necesarias como los portales abiertos de madrugada donde vendía su cuerpo cada noche. Luego se acurrucaba con la cabeza entre las piernas y lloraba a la vez que contaba los días transcurridos, las horas pensando en Louki, los pasos andados cada noche en aquella calle desolada que la llevaba hacia

las vías del tren. Se respira una calma absoluta. Como si la vida o la muerte de ambos se pudiera explicar en un sinsentido, ahuyentando los temores que logran acallar una única palabra, que quizás en su momento se debió haber pronunciado: perdón.

Reiyel¹ la separó de él depositándola sobre la acera. Sentía cómo se le escapaba la vida. Cris balbuceó una palabra: «Paz».

Platón me llamó para avisarme del intento de suicidio de Cris. Dejé pasar unos días para reunir el valor y acudir a visitarlos.

Llegué a la clínica Mediterráneo. Entré en la habitación. Y cuando nuestras miradas se encontraron, me aterrorizó la profundidad de la suya. Cris me miraba sin odio ni rencor. Le pedí permiso para besarla. Cuando lo hice, regresaron a mí recuerdos que permanecían aislados desde que estuve en coma. Pequeños flashes de los lapsos que acabarán por dominar mi locura.

Cris me cogió la mano: «La lluvia traerá la paz, el perdón, Louki. Déjame entrar en tus ojos para llegar al arco iris... ¡Sonríeme, por favor!... ¿Por qué no me dejas llegar al arco iris...?». Y sentí, por primera vez, el roce de unas lágrimas sobre mi rostro.

1. Reiyel: ángel protector que libera de los enemigos internos.

Miré por la ventana. Llovía. Las farolas de la urbanización de Nueva Almería se apagaron por la fuerza del agua, que se deslizaba vertiginosa por las tejas inclinadas hasta los desagües. La calle, alborotada por el bullicio de personas buscando donde resguardarse. Unos niños jugueteaban con un balón imitando a sus ídolos del fútbol. La oscuridad engulló las viviendas. Anocheceía. Las nubes se marchaban dejándonos una luna menguante que asomaba con timidez.

Cris durmió toda la noche. En cambio ni Platón ni yo logramos conciliar el sueño.

La mañana se presentó soleada, dejando en el olvido la tormenta de la noche anterior. Platón descorrió la cortina para que entrase la luz del sol en la habitación. Cris acababa de despertarse. Le separé un mechón que le caía sobre la mejilla derecha; su cuerpo se estremeció al sentir el roce de mis dedos. «Hace sol. ¡Por fin sonreíste, mi Louki!».

Cris cerró para siempre los ojos cuando esa paz tan ansiada le cedió un hueco a su lado donde descansar.

Fin.

[NICOLT]:

Desde una de las ventanas de mi edificio suena jazz: no hay melodía, solo música. Pero la voz de Billie resuena en mi mente como si estuviese cantando en directo. Las notas mu-

sicales suenan cada vez más altas, sin tiempo de adaptarse, de recuperarse, hasta que la miriada de su descontrol se transforma en un caos que acaba por golpear fuerte en mis recuerdos. Al igual que Fran Loga, también quiero retenerlas, notas y voz acoplados al unísono en el pentagrama. Ambos deseábamos poder atrapar una sola nota con sus dedos para poder llevarnos la esencia de Cris transformada en esa melodía que un día llegó a ser suya.

He terminado de leer la novela y he comprendido por qué Cris no pensaba en el futuro. «El siempre, el mañana, se había transformado en nunca».

LA PRESENTACIÓN

Camino al apartamento de Nicolò

[FRAN LOGA]:

Circulo por las calles de Almería en mi Aston Martin. La música de jazz suena potente: «... En una habitación cualquiera, en la cual un viejo saxo descansa en un rincón, piensa que si algo se pierde se puede encontrar con luz...». Louis está interpretando, con un sentimiento fuera de lo habitual, el viejo tema *Mack The Knife*, dicen que el éxito se debe a cuando trabajó con prostitutas hasta que una de las chicas lo traicionó.

A Nastia también le gusta el jazz, pues es la única música en la que queda demostrada la auténtica catarsis de la vida. A través del jazz, no solo vemos y oímos la rutina del pasar de la vida; lo utilizamos para engañar a los claroscuros del alma cuando deseamos arrinconar los sentimientos de soledad y desamparo. Siempre consideré que los problemas se transforman en oportunidades para mejorar algo: luego la necesidad de hacerlo o no es la incógnita a despejar, y ahora mismo nuestra ecuación se llama Cris.

Y cuesta perderse, aislarse... Me cuesta comprender por qué ella siempre pide más, peticiones que calificaba como fantasías, emociones que se hallan allí donde las busques, mezcladas entre esas calles, transformadas en su hogar, donde creció... donde la conocimos.

Atrás quedaron las noches de soledad y odio, en las que ni los gatos se atrevían a cruzarse con ella. Cris no está loca, o eso pensamos. Solo desea escapar de sí misma; hace muchos años que equivocó la manera de vivir su vida. Aquellos ojos de mirada triste eran un círculo vicioso y eso no estaba bien, ¡nada bien!, pero es que ya no puedo más...

En unas horas será la presentación del libro y la siento cerca a pesar de que para mí ya está muerta en mis recuerdos.

Anoche apenas pude dormir pensando que estaría durante unas horas en su ciudad, tan maldita como la imaginé y describí. Tan real como la viví, llena de recuerdos sin apenas sentirlos. En esta ciudad existe una barrera invisible que evita imponer trabas a la libertad de dos almas libres. Una vez la quise. Ahora le pido que me deje vivir. Llevo mucho tiempo soportando su recuerdo, que permanece grabado en mi piel, ahuyentando los miedos y evitando caer en la tentación de seguir amándola. Por eso anoche me consolé con una joven, guapa, que se parece a Dua Lipa. No quise estar solo. Me recuerda tanto a ella...

Apartamento de Nicolt. 21:50 horas

Fran Loga da un toque al móvil de Nicolt para avisarla de que ya está esperándola abajo. No han pasado ni cinco mi-

nutos cuando la puerta del coche se abre y una espectacular joven se acomoda en el asiento del copiloto. Fran arranca dirección al auditorio.

—Perdón por el retraso. Un asunto me ha entretenido más de lo esperado.

A Nicolt parecen no importarle sus disculpas. Le pregunta:

—¿Quién eres en realidad?

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

—Soy una vengadora.

—¡Soy escritor!

Era su respuesta comodín, que daba cuando le preguntaban sobre su vida. En realidad lo era. Se sabe que eres escritor si no logras diferenciar entre la realidad y la ficción.

Hacía tiempo que no escribía de manera continua. Esta historia llevaba mucho tiempo aislada. A veces, cuando se ponía a escribirla y no se encontraba con ánimos, bajaba al garaje del chalet de San Cugat del Vallés, le quitaba la lona a la Ducati 916 y ponía rumbo a Barcelona, donde se dejaba absorber por sus calles, lo que le servía de catarsis; o salía al jardín, cogía aquel cuaderno de tapa azul, que colocaba sobre sus rodillas, y repasaba lo escrito. Tachaba, arrancaba páginas como si estuviera alocado, o llamaba a Sol para comunicarle que ese mes tampoco estaría lista la novela. O a Nastia, solo por escuchar su voz. Y si la noche anterior no había podido dormir lo suficiente, daba un paseo hasta el Starbucks de plaza Universitat, donde pedía un *capuccino* muy caliente, con dos sobres de azúcar moreno, y se sentaba en la mesa pegada a la ventana.

Ya había transcurrido un año desde que dejó plantada a Cris en la estación triste. No tenía nada a lo que pudiera

llamar una obligación; nada por lo que quedar retenido. A decir verdad, en cuestión de compromisos era más bien escéptico.

La venganza. Dos horas antes

Salva llegó a casa tras reunirse con Fran Loga. Cris le estaba esperando sentada en el sillón con orejas que había junto al ventanal. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Él entró al salón y entonces la vio. Le tiró al regazo un sobre con los siete mil euros junto a un ejemplar de *De repente la lluvia*.

—¿Se lo ha tragado? —preguntó Cris.

—Totalmente. ¿Cuándo has llegado?

—Llegué a las cuatro. ¿Por qué crees que lo habrá hecho? No es tonto.

—Creo que a pesar de todo te quiere.

Cris le pidió las llaves de la Ducati. «¿Para qué?». «Debo hacerlo. Quiero verle».

Cris arrancó la solapa de la contraportada donde estaba la fotografía de Fran Loga y se la metió en un bolsillo de la cazadora de piel. Salió a la calle y se dirigió hacia el garaje.

Auditorio Maestro Padilla. 22:25 horas

[EL SERBIO]:

Llevo un rato esperando en la cubierta de la faluca. Por fin oigo acercarse el Aston Martin. Lo aparca.

Fran Loga baja del coche con una joven vestida de negro. Es guapa.

Sol se acerca... Se están saludando... Fran ha recibido un mensaje al móvil.

...Ahora. Favor cumplido, Cris.

La catarsis. Minutos después

Fran Loga se sube al Aston Martin y sale detrás de la Ducati 916, emprendiendo una persecución. En la rotonda del cruce con la Carretera de Ronda, a la altura del cargadero de mineral, está a punto de atropellar a un repartidor de pizzas que logra esquivar por escasos centímetros. La Ducati sigue rumbo hacia el parque Nicolás Salmerón. Sin duda alguna, el plan de fuga es buscar la autovía por la salida del puerto. En contra de lo que Fran Loga piensa, la Ducati toma la antigua carretera Nacional 340, dirección al Bayana. Pasa el segundo túnel. Aparca la moto en el arcén y queda esperándole. Minutos después aparece el Aston Martin. Fran, al distinguir a Cris, reduce la velocidad.

Cuando Cris puede verle saca la foto del bolsillo. La mira. La imagen, en su retina, de su antigua amiga cogida de la mano de Fran Loga le ha partido el corazón como solo puede hacerlo la traición. Busca una navaja pequeña en su mochila, la abre y secciona sus venas con ella. Permanece en pie mirando al punto donde el horizonte se junta con el mar.

Suena el móvil de Fran. Es la madre de Miha, que lo llama de manera insistente. Fran Loga ve la llamada entrante en la pantalla táctil y conecta el *bluetooth* para recibir la fatal

noticia. Detiene el coche a la altura de Cris. Grita. Se baja del coche dejando la puerta sin cerrar. Se acerca a ella. Mientras la sujeta, mirándola a los ojos, continúa gritando: «¿¡Por qué!?... ¡¡¡¡¡Por queeé!!!!!».

La estrecha entre sus brazos y la ayuda a meterse en el coche. Ninguno se pone el cinturón. Acelera. La velocidad aumenta. El Aston Martin alcanza los 150 km/h. Cris lo está mirando y sonrío; parece estar más en el otro mundo que en este. «¿Ha salido el sol?».

Fran lo ha perdido todo. Con un volantazo caen al mar.

El curativo mar...

Así es como él quería que lo contara, y así lo he hecho. Me llamo Nastia. Escribo desde Aarhus, el 21 de junio de 2017.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres y hermano. La familia lo es todo.

A Miguel Beltrán, por sus gratas charlas.

A Antonio Egea “el castreño”, por animarme cada día.

A los verdaderos Cris y Salva.

A Barcelona, por curarme en mis peores momentos.

A Miha, ella sabe por qué.

En especial, a mis compañeros del mejor foro de literatura existente: LEA.

CONTENIDO

LAS BUENAS INTENCIONES A MANERA DE PRÓLOGO	9
PRÓLOGO	13
LA PROMESA (INTRODUCCIÓN).....	15
CUESTIÓN DE TIEMPO	27
PRIMERA PARTE	29
NO PUEDE SER ELLA (2017)	31
<i>Día previo a la presentación. Almería.....</i>	<i>31</i>
DÍA DE LA PRESENTACIÓN	35
<i>Auditorio Maestro Padilla. Almería</i>	<i>35</i>
NOCHE ANTES DE LA PRESENTACIÓN	41
<i>Restaurante La Consentida. Almería.....</i>	<i>41</i>
TENGO QUE ALEJARME DE TI (2013)	47
<i>Restaurante La Consentida. Almería, 2017.....</i>	<i>49</i>
FRAN LOGA	51
LA LUCIÉRNAGA	53
<i>Restaurante La Consentida. Almería.....</i>	<i>53</i>
EL ROCOCÓ	57
<i>Día previo a la presentación. Almería</i>	<i>57</i>
<i>Restaurante La Consentida. Almería.....</i>	<i>58</i>
<i>Día previo a la presentación. Almería</i>	<i>64</i>
EL CUMPLEAÑOS DE FRAN LOGA	65
<i>Benahadux.....</i>	<i>65</i>

EL CLUB KASSANDRA Y NASTIA (2013).....	69
<i>El abuelo Pepe. Rioja</i>	74
LOS CUMPLEAÑOS	77
<i>Tres días antes de la presentación. Hospital Vall d'Hebron. Barcelona</i>	77
<i>Restaurante La Consentida. Almería</i>	78
REDENCIÓN	91
<i>Almería</i>	91
LA DECISIÓN	95
<i>Día de la presentación. Almería</i>	95
LA VIDA DE CRIS	101
<i>Primeros años. Terrassa, Barcelona</i>	101
<i>Club Cassandra. Almería. Finales del 2011</i>	104
<i>Cárcel de mujeres. Almería, 2013</i>	106
LOS DÍAS EN COMA DE FRAN LOGA	115
<i>Restaurante La Consentida. Almería</i>	115
<i>Hospital de Torrecárdenas. Almería, 2013</i>	116
<i>Restaurante La Consentida. Almería</i>	118
SEGUNDA PARTE.....	121
LA PRESENTACIÓN PRIVADA	123
<i>Tres horas antes. Almería</i>	123
<i>Apartamento de Nicolò. Día siguiente</i>	131
LA ESTACIÓN DE BARCELONA (2016).....	137
<i>La escritora</i>	137
<i>La llegada</i>	142
<i>Catwoman</i>	144

EL REENCUENTRO	149
<i>Día de la presentación. 17:00 horas. Almería</i>	149
<i>Apartamento de Nicolò. Día de la presentación</i>	151
EL ENCARGO (2016).....	153
<i>El serbio. Barcelona</i>	153
EL ÁNGEL CAÍDO	157
<i>Día de la presentación. Almería</i>	157
<i>Apartamento de Nicolò. 19:00 horas</i>	157
LA PRESENTACIÓN	167
<i>Camino al apartamento de Nicolò</i>	167
<i>Apartamento de Nicolò. 21:50 horas</i>	168
<i>La venganza. Dos horas antes</i>	170
<i>Auditorio Maestro Padilla. 22:25 horas</i>	170
<i>La catarsis. Minutos después</i>	171
AGRADECIMIENTOS	175



FUE A FINALES DE SEPTIEMBRE CUAN-
DO, AL IGUAL QUE ESTA HISTORIA QUE
CUENTA OTRA HISTORIA, ENVIAMOS
CON CARIÑO EL LIBRO A IMPRIMIR,
DISEÑADO A SU VEZ CON MÁS CARIÑO.

ÁLMERÍA, 2017

EL BAR DE LOS AMANTES PÉSIMOS.

© 2017, Juan Antonio Marín Rodríguez

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol

© Diseño de cubierta: Editorial SoldeSol
(EditorialSoldeSol.com)

Corrección ortotipográfica: Estilográficas Corrección
(www.estilograficascorreccion.com)



Editorial: Soldesol
EditorialSoldeSol.com

Octubre 2017

ISBN: 978-84-946905-1-8

depósito legal: AL 1863-2017

Impreso en España

Los derechos de este libro quedan reservados a su autor. Puede dirigirse a él para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

